

o o o o o o o

Fr. Gelso González

Plantas
del Clima

PRECIO 3 PESETAS

BURGOS 1915
TIP. MARCELINO MIGUEL



PLANTAS DEL CLIMA

POR

FR. CELSO GONZÁLEZ

(O. M.)



1915

TIP. MARCELINO MIGUEL

BURGOS



LICENCIA DE LA ORDEN



PROVINCIA SERÁFICA

DE

CANTABRIA



Por parte de la Orden, puede
imprimirse.

Caspe 28 de Octubre de 1914.

FR. ELÍAS MARTÍNEZ

M. Proval.

**Al Rmo. P. Fr. Andrés de Ocerín Jáuregui,
Vicario Gral. de los Franciscanos en
España.**

Rmo. Padre: A V. P., de cuyos desvelos por el enaltecimiento del nombre franciscano dan testimonio los gloriosos hechos realizados bajo vuestro gobierno, como son el gran Congreso Terciario de Madrid y la fundación del Archivo Ibero-Americano, donde se recogen los documentos gloriosos que han de servir para reconstituir el hermoso poema de la evangelización franciscana; a V. P., cuyo amor a las letras franciscanas le lleva a dirigir excitaciones a los estudios encaminadas a conseguir que la musa clásica de Fr. Ambrosio de Montesinos y Fr. Pedro de los Reyes, vuelva a hablar a las gentes de lengua española, dedica estas humildes flores de su ingenio su menor súbdito y hermano

FR. CELSO GONZÁLEZ.

Olite (Navarra), 1915.

AL LECTOR

Pongo en tus manos, lector amigo, este ramo de flores campesinas nacidas y desarrolladas al calor del sol en los valles de nuestra patria, y parte de ellas en las sábanas y junto a los manglares que embellecen el país del trópico.

He querido proporcionar a tu espíritu un rato de esparcimiento, distrayéndole de los horrores que embargan las almas en estos días tan luctuosos para Europa. Y, para más acercarme a tu entendimiento, he querido hablarte el lenguaje de la sencillez en que se expresaron los grandes genios—por mí tan envidiados—de nuestra lengua.

Con el cuidado de esquivar en mis versos todo lo malsano, a que tan aficionada se muestra la moderna poesía, me esmeré en escoger asuntos que pudiesen entretener sin rozarse para nada con lo morboso o pasional, y aun puse a mi libro un título que se despega de los que ordinariamente ponen a los suyos los escritores que desean llamar la atención. Así, no le puse título de *Flores* de ésta o de la otra cosa, porque ya es sabido que hay flores del mal y del bien, que se crían, aquéllas en las clínicas y muladares, y éstas en el interior del templo y

del hogar cristiano. Las más son plantas naturales cogidas en el campo, bien que he procurado orear algunas de ellas, con las brisas del misticismo religioso.

Te ofrezco, lector amigo, varias composiciones en que se satirizan los vicios dominantes en el siglo; los niños con sus travesuras y encantos, ocupan unas cuantas páginas, en las que habla mi alma de sus cariños por la primera edad; siguen varias poesías en que se cantan las grandezas franciscanas; en pos van otras dedicadas a la tierra central de España a donde acuden a encontrar inspiración los poetas modernos, y al fin traslado al papel varios cuadros tropicales que se grabaron en mi retina, a la luz cegadora del cielo de Cuba, durante mi permanencia en el bello país del sol.

Esto es lo que doy en *Plantas del clima*. Léelo, lector amigo, que yo me daré por bien pagado si logro saber que con mis humildes rimas he logrado levantar tu alma a lo sobrenatural y divino, apagando en ella la emoción que te haya podido producir en estos días la lectura de los estragos que causa en las fortalezas aliadas la artillería alemana calibre 42. *Vale*.



LA PLUMA DEL TROVADOR



LA PLUMA DEL TROVADOR

I

Sobre la mesa empolvada
de mi pobre aposentillo
está mi pluma olvidada,
toda mohosa y toniada
de verdoso cardenillo.

La vieja pluma de amor
con que entre risas y mofas,
en otro tiempo mejor,
fui rimando las estrofas
del cantar de mi dolor.

En ella el conjuro anida
de mil cuentos de cariño,
cuya historia fué tejida
con tenue luz sorprendida
en unos ojos de niño.

Aun, con arrestos triunfales,
sabría, amante, pintar,
para remediar mis males,
perspectivas tropicales
y panoramas del mar.

Aun, como antaño solía,
para distraer mi humor,
mi pluma roñosa haría
brotar soles de alegría
de las brumas del dolor

Mas ya, cual lanza quebrada,
junto al inerte caudillo,
sobre la mesa empolvada,
rueda mi pluma, tomada
de verdoso cardenillo.

II

Qué, ¿tantos los versos son,
pluma, contigo trazados
en una y otra ocasión,
con ojos locos, hinchados,
vidriados por la emoción?

Son rimeros infinitos
que, con furor importuno,
entre apóstrofes y gritos,
iban saliendo uno a uno
por tus puntos pequeñitos.

Con grata facilidad,
de amor recóndito a impulso,
iba yo en mi soledad
plasmando, trémulo el pulso,
la efigie de la Verdad.

¡Cuántas veces me postré,
y con el alma contrita,
una plegaria rimé
ante la imagen bendita
de algún mártir de la Fé!

Y ¡cuántas, en las espesas
brumas de un país lejano,
gasté yo mi ardor lozano
por ganar nuevas empresas
para el blasón franciscano!

Ya también la mente mía
tomaba otra dirección
y en la Historia iba y venía,
y con Milciades vencía
la pugna de Maratón.

Y mientras fácil trazaba
la pluma versos galanos,
la loca de casa hollaba
el fausto que se gastaba
en los banquetes romanos.

O ya, en fin, entre promesas
de provenzal poesía,
gozaba la mente mía
loando nobles empresas
de ardiente caballería.

Qué, ¿tantos los versos son
que así tengo yo trazados,
¡oh pluma!, en toda ocasión
con ojos locos, hinchados,
vidriados por la emoción?

III

Hoy ya, mi pluma roñosa,
porque calmaste amorosa
mis acerbos padeceres,
te rindo, con alma ansiosa
mis más ardientes quereres.

Cuando llegue mi agonía
y siga mi muerte en pos;
después de aquel triste día,
¿sabrán de tí, pluma mía,
sabrán de nosotros dos?

Confidente de mi historia,
en mi viaje al panteón,
tu irás, cual timbre de gloria,
puesta en mi caja mortuoria,
tocando a mí corazón.

¡Oh, los que me habéis amado!
cuando veáis que a la luz
mis ojos se han entornado,
ponedme mi pluma al lado,
ponedla junto a mi cruz.

Porque es la pluma que un día
para divertir mi humor,
oxidada y todo, hacía
brotar soles de alegría
de las brumas del dolor.

Ponedla y ver podréis ledos
sin que os turbe la emoción
como en aquella ocasión
la oprimen, fuertes, mis dedos
contra el muerto corazón.

Poned, cuando esté tendido,
de la cruz mi pluma al lado,
que de la pluma cruzado,
quiero dormirme vestido
de todas armas armado.

Olite (Navarra), V, 1914.



FILOSÓFICAS Y MORALES



SOCIOLOGIA MODERNA

Ciencia nueva, te saludo,
te saludo, ciencia nueva;
tu bagaje el vapor lleva,
a fuer de titán membrudo,
por este mundo desnudo
de fe, muerto a la esperanza,
devoto de la venganza,
reñido con la piedad,
esquivo a la caridad
y contrario a la templanza.

Mundo loco y mal cristiano
por cuyo horizonte asoma,
echándolo todo a broma,
el *superhombre* nietszcheano,
quien, con gesto soberano,
de una displicencia extrema,
se da a estudiar el problema,
muy moderno, aunque muy cruel,
de obtener que, en torno de él,
todo el que aliente le temã.

En los tiempos medioevales
de las vetustas consejas;
allá en las edades viejas
que alzaron las catedrales,
están bien los hospitales
alzados por la piedad;
pero si es la enfermedad
germen de males notorios,
¿por qué ha de haber sanatorios
en nuestra moderna edad?

Entonces no se sabía,
merced a la fe romana,
la potencia microbiana
que en el apestado había;
como Pasteur todavía
siglos tardó en existir,
fué en todos común sentir
que el enfermo, al cabo, era
una persona cualquiera
con derecho de vivir.

Pero ahora, que se ha probado
que el enfermo es la infección,
dejemos la compasión
y hasta la conciencia a un lado,
y el que es de peste tocado
desgarre su carne lacia,
o tolere su desgracia
y vaya a morirse, listo,
en un rincón, desprovisto
de médico y de farmacia.

Flamante sabiduría,
foco de verdad profundo
con que ha sorprendido al mundo
la nueva filosofía;
no existe nadie en el día
que un gran sabio no se crea,
y, como rico se vea,
aun el melón más melón
alimenta la ilusión
de ilustrar a una asamblea.

Y así vemos parlanchines
y políticos tronados
que son sabios renombrados
perorando en los mitines,
y la prensa, por sus fines,
las más veces poco honestos,
pone a los doctores éstos
que charlan por no callar
en ocasión de escalar
los más encumbrados puestos.

Hoy se otorga la patente
si no de genio, de sabio,
sin protesta y sin agravio
del mismo estado docente,
a algún loco que se siente
en vena de discutir,
como se suele decir,
noble guerrero sin par,
al que sabe de guerrear
tan sólo el arte de huir.

Condenados tiempos nuestros,
que la ciencia diviniza,
que la soberbia idiotiza
y que con rasgos siniestros,
de la lengua los maestros
no cesan de dibujar;
el poeta que cantar
quiera su grandeza extrema
tiene, ante sí, este problema:
saber por donde empezar.

La ingeniosa poesía
que, a veces, crea el vestiglo,
puede retratar al siglo,
usando esta alegoría:
una columna sombría
a que sirvan de sostén
muchos vagones de tren
y algún hilo telegráfico
y un folleto pornográfico
que haga del mundo un Edén.

Y de la columna encima,
de torva luz rodeada,
ponga una imagen sentada
cuya faz la risa anima,
imagen que allá en la cima
del monumento de honor
representará al error
que siente gozo profundo,
al verse de todo el mundo
acatado por señor.

Guanabacoa, VIII, 1912.



DOS AMORES

Es que así las cosas son,
y ni hoy ni en días mejores,
por una u otra razón,
han cabido dos amores
en un mismo corazón.

Se habla del amor sincero,
del amor puro y sin fondo
que a otro se da por entero,
y que, al par que amor muy hondo,
es amor muy verdadero.

Jesús, un día, al hablar
sobre estos varios amores,
así se vino a expresar:
—Nadie puede a dos señores,
servir, y a los dos amar.—

Así, pues, los que no tengan
corazones o almas dos,
será fuerza que se atengan
a amar al mundo o a Dios.

II

Todo esto que aquí yo digo,
lo digo por cierto amigo
que ayer fué un joven cristiano
y hoy, de su fe ya enemigo,
se ha vuelto un joven mundano.

Él su religión amaba,
y a Dios en todo servía,
y en un mismo amor juntaba
al Dios en quien adoraba,
y a la madre a quien quería.

Pero han corrido los años,
y del mundo a los engaños
no se supo sustraer,
y habla de embustes y amaños
y ha dejado de creer.

Y como él es de talento,
cuando yo de fe le tiento,
me dice con gran inquina:
—Yo te daré un argumento,
tomado de tu doctrina.

¿Dices, con aire profundo,
que no es dable a Dios y al mundo
con amor sincero amar?
Yo, que mi amor dí al segundo,
nada a Dios le puedo dar.

III

Al expresarse así Efrén,
que tal mi amigo se llama,
todos las sensatos ven
que no anduvo por la rama
y que se explicó muy bien.

Pero hay un inconveniente
en que no cayó mi amigo,
y es que su amor delincuente,
si no le hace inconsecuente,
le hace de Dios enemigo.

Bella razón por la cual,
al hacer ostentación
de este su amor mundanal,
ve todo hombre de razón
que Efrén se explicó muy mal.





Contra los corruptores del idioma

¡El desdén! ¡El desdén! Como no temo
desafiar del fuerte la insolencia,
envuelvo cuanto miro en un supremo
gesto de desdeñosa indiferencia.

Igual que nuestro padre Don Quijote,
con más músculo que él y más figura,
llevo siempre la lanza al estricote
y un acero cortante a la cintura.

De mi ejercicio nobles son los fines;
el herir con acierto y maestría
a algunos literarios malandrines
es mi caballería.

Me crucé caballero de la Tabla
Redonda, para herir a los bergantes
que han puesto a saco la divina fábula
de Miguel de Cervantes.

Por arte de la estólida pandilla,
se ha vuelto femenino y palabrero
el noble idioma que forjó Castilla,
recio como el acero.

No admite, no, mi lengua soberana
ni las flores del mal ni las del vicio;
Veriaine hablando en lengua castellana
no es más que un desperdicio.

Trágala piña, piña literaria
que llevas a la musa al hospital
y has hecho del idioma una malaria
con tus *flores del mal*.

Mirando tu desmán, siento una saña
dentro del pecho abrasadora y seca,
y del desdén que siempre me acompaña
se acentúa en mi faz la dura mueca.

Y paso desdeñoso entre tus sabios
con un andar de vencedor caudillo,
fruncidos con desprecio ojos y labios
y unos versos de Lope en el bolsillo.



EL REY TURBA

Son unos tiempos brillantes
los tiempos en que vivimos
y con razón deprimimos
los viejos siglos distantes;
siglos todos de ignorantes,
de tontos y analfabetos,
de filósofos catetos
creyentes en viejos mitos
y pedantes infinitos
de sofística repletos.

Vieja edad que no sentía,
digámoslo con orgullo,
junto a su oreja el arrullo
de la ciencia de hoy en día:
Nuestra gran filosofía
ha inventado cosas tales,
cosas tan descomunales,
tan hondas y no penadas,
que, en las edades pasadas,
jamás se oyeron iguales.

Figúrense los lectores,
que, merced a estos principios,
estados y municipios,
leyes y legisladores,
idiotas y pensadores;
por obra y gracia del voto,
bailan en un alboroto
que un mal día de verano,
arme el pueblo soberano,
ese rey hambriento y roto.

Esta es nuestra monarquía
en estos tiempos modernos,
y ha logrado convencernos
la grave filosofía
de que un motín cada día,
y un paro cada semana,
y un tiro a cada ventana,
y un mamporro en cada esquina,
es señal de que domina
la gran plebe soberana.

El código peregrino
de la santa libertad
ha traído a nuestra edad
a tan hermoso destino;
nadie va por un camino
que, al pararse a hacer un alto,
no se recele un asalto
de un libertario Quijote
que, si no es que le acagote,
lo hiele del sobresalto.

Bella edad esta edad mía
en que se anda un pueblo entero
soñando con el dinero
sin pizca de poesía:
buena va la monarquía;
del gran pueblo soberano,
rey famélico y pagano
sin vasallos que le pechen
ni feudos que le aprovechen
ni espada que arme su mano.

Rey que en la miseria se halla,
y porque le temen poco,
unos le llaman rey loco
y algunos el rey canalla,
consigo mismo batalla
al verse sin masa fiel;
sus amos, con saña cruel,
le encaran, a fuer de viles,
si protesta, los fusiles
que arma y municiona él

Cuando se encrespan las olas
de las iras populares,
paisanos y militares
se encuentran fieros a solas;
revólvers y tercerolas
maussers y negros cañones,
tras muy concisas razones,
entran luego en ejercicio,
y causan fiero estropicio
en las plebeyas legiones.

— ¡Es el pueblo a quien se ha herido,
es el pueblo soberano!
Ese gobierno tirano
sangre de rey ha vertido: —
pero todo ha concluído
con suma felicidad
y reclama la piedad
que a la masa se la indulte
y a los muertos se sepulte
con aseo y equidad.

Y nuestro rey ultrajado
que de coraje bravea
el medio de evitar vea
conflictos como el pasado;
el gobierno ya ha anunciado
que el orden es lo primero
y ante el motín bullanguero,
para imponer sumisión,
él proclama esta razón:
Cantra la bulla, el acero.

Brava razón que reprime
del pueblo las osadías
y a las nuevas teorías
sello de crueldad imprime;
pero esto no desanime
a los que creen en ellas
que, además de ser muy bellas
los viejos no las supieron.
Tal del progreso anduvieron
en las edades aquellas.



Para un escribidor con flecos de Aristarco

SONETO

Ese crítico audaz, aunque incipiente,
sempiterno ratón de biblioteca,
cuyo oficio es andar de Ceca en Meca
buscando un escritor a quien reviente.

Ese predicador tan insolente
cuya prosa infeliz de puro seca
es capaz de causar una jaqueca
al más grave lector y más paciente.

Ese de los estantes vil polilla,
ese necio chiquillo mal criado
de quien sólo el ardor me maravilla.

Si sigue en escribir, por de contado
que ha de hacer en la lengua de Castilla
más destrozos que un buey por un tejado.





PESIMISMOS

Llevamos adentro el mal,
adentro, en la misma entraña;
juzgamos cualquier patraña
un desastre colosal,
y como el loco inmortal,
aunque sin sus buenos fines,
caminamos, como ruines,
con torpe o gallardo modo,
temiendo en cada recodo,
ver gigantes y malsines.

Las gentes de nuestra era
dan por sabida verdad,
que no es más la sociedad
que una inmensa ladronera;
que hoy es gobierno cualquiera
falto o sobrado de seso,
y tal vez, tal vez por eso,
no deja a muchos dormir
el loco afán de lucir
perorando en un Congreso.

Finchada y loca manía
de este siglo casquivano
que quiere tener a mano
la ostentosa nombradía,
vivir de la lotería,
librarse de todo impuesto;
escalar un alto puesto
y cual ser parasitario,
vivir del público erario
sin trabajar, por supuesto.

Y luego digo, salimos
con que el mundo marcha mal,
y que si tal, que si cual,
y que de merced vivimos;
mas si todos concurrimos
al general embeleco,
y si en líquido o en seco,
todos a una le matamos;
¿por qué, luego preguntamos,
por el que dió muerte a Meco?

Es de justicia, señores,
los de la acera de enfrente,
los de la turba paciente,
los del hato, y los pastores;
todos a una sois peores,
y si el mundo anda tan mal,
culpa es de todos igual;
conque nadie se enrabisque
ya que debe cada quisque
echarse al cuello el dogal.

Ya el lamentar causa tedio
por continuo y por fundado;
buscad, pues, a lo llagado,
si existe, pronto remedio;
aunque yo opino que el medio
irreemplazable y sin par,
con que llegará a sanar
el cuerpo social enfermo
San Benito de *Palermo*
sólo nos lo puede dar.

Si al que delinque, lo encierra
la sociedad, sin rebozo,
en un negro calabozo,
y como a infame lo hierra;
si al que hace la maldad perra
de matar a un inocente,
se le inflige prontamente
severa y condigna pena,
pronto tendrá salud buena
la actual sociedad doliente.

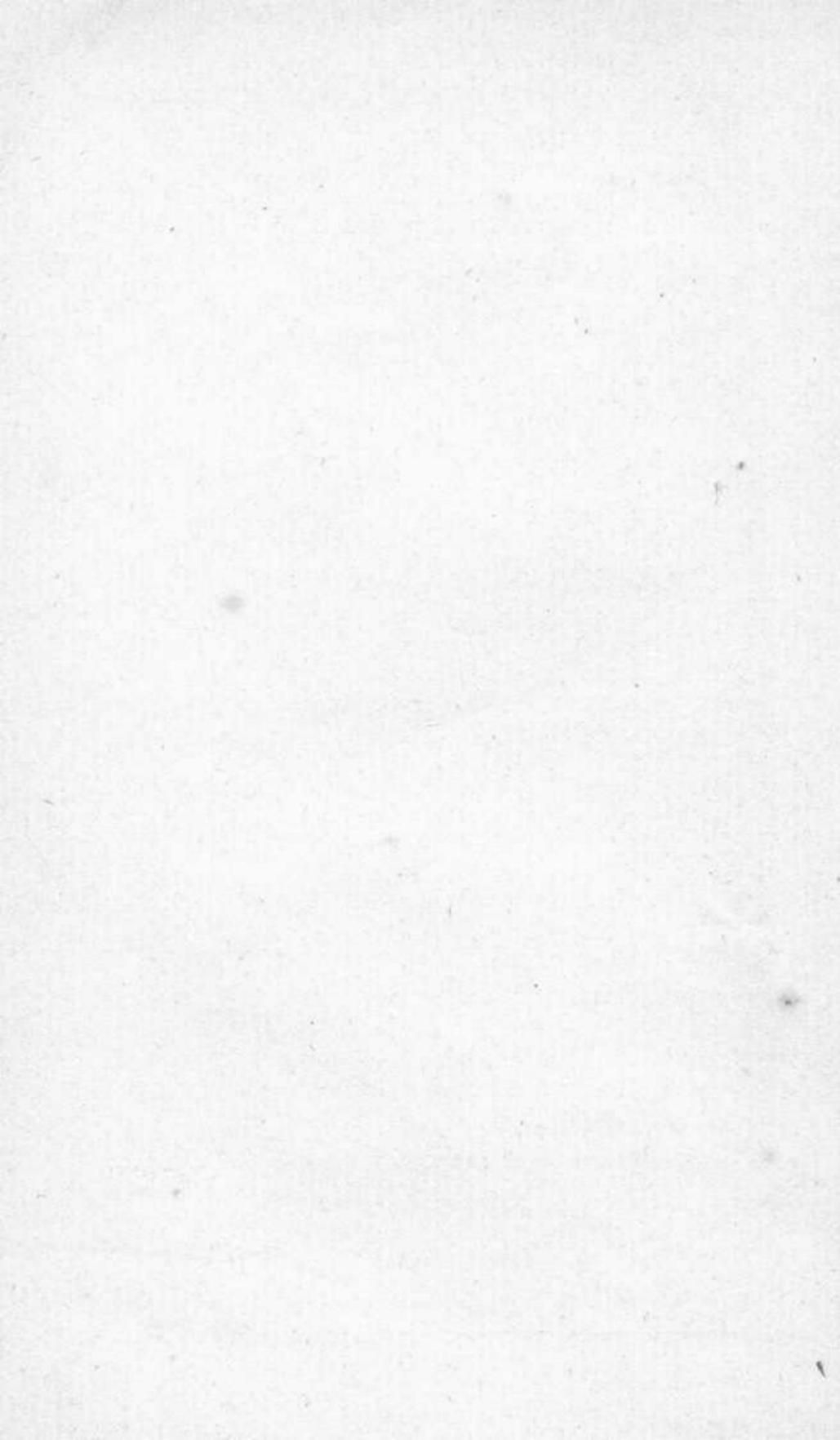
¿Cómo habrá tranquilidad
y paz y honradas acciones,
si son muy libres prisiones
el pueblacho y la ciudad?
Anda suelta la maldad
que rompe todos los frenos,
que inunda todos los senos
y que cual lepra infecciosa,
con insistencia dañosa,
va contagiando a los buenos.

Levantad, hombres del día,
alzad los ojos del suelo;
purificad vuestro anhelo
que tan grandes cosas cría;
al par de la algarabía
de vuestro progreso enorme,
monstruoso acaso y disforme,
bañad vuestro corazón
en fulgor de religión,
luz con toda luz conforme.

No os acuite la pena,
pues son vuestras fuerzas muchas
luchad las modernas luchas
con voluntad noble y plena,
de esta gradeza que llena
de luces hasta el abismo,
terminad el mecanismo
y hacedle luego vivir,
sin dejaros influir
por el fatal pesimismo.

Guanabacoa, 1-1912.





PAQUETES DE NIÑO





A UN NIÑO

I

Candor; eres la alegría,
eres raudal inexhausto
de aquella luz que pedía
el genio que plasmó a Fausto,
al sentir que se moría.

Con mi carga de experiencia,
cambiaría, sin pesar,
mis treinta años de existencia
por una hora de inocencia;
por gozarla y expirar.

¡Verme inocente y morir!
hermosas quimeras son
que embargan mi corazón
cansado de este vivir
de la sañuda razón.

Si las ansias escudriño
de saber, que me espolean,
diéralas por un cariño,
por las futesas que a un niño
entretienen y recrean.

A un niño rubio y rosado,
hecho de cera licuada,
entré la cual se ha mezclado
algún pétalo arrancado
de alguna rosa encarnada.

II

A un niño como tú, así,
rubio, hablador y bonito

de carita carmesí
y por boca un capullito
de rojo, fresco alelí.

Cuánto me gozo en tenerte,
dulce amiguito, a mi lado;
no sabes lo que amo verte,
siempre tan contento y fuerte,
y siempre tan bien mandado.

Cuando, orador, manoteas
en el repleto hemicycleo
de ilusorias asambleas,
o gallardo pedaleas
caballero en un triciclo,

Cuando, en la mano una espada
vestida militar ropa,
hablas, con voz alterada
a una imaginaria tropa
que te escucha entusiasmada;

¿Qué vale toda la ciencia
si a tu dicha se compara,
y a la paz de tu conciencia
y a ese empacho de inocencia
que te rebosa en la cara?

Niño que a vivir empiezas,
ama la virtud y el bien;
reprime tus ligerezas,
y a ver como siempre rezas
al niño Dios de Belén.

Y cuando anden por aquí
los Reyes que quieren mucho
a los que rezan así,
les pediré un cucurucho
de bombones para tí.

Te darán con larga mano
de su equipo lo mejor;
un globo y un aeroplano
y hasta su potro africano
te dejará el rey Melchor.

¿Quieres, mis delicias, más?
¿quieres más ricos juguetes?

Pues cuantos quieras, tendrás,
si amar a Jesús prometes
y no ofenderle jamás.

III

Dudo si eres niño o hada:
sé que eres un serafín,
una preciosa monada
hecha de cera pintada
de rojo vivo carmín.

Y hay más, si dejando tus
juguetes, duermes risueño,
cediendo al dulce beleño
eres tú un niño Jesús
sumido en profundo sueño.





EL BATALLÓN INFANTIL

Quién no ve, en los bravos estos,
que caminan tan marciales,
tan gallardos y compuestos,
más que unos quintos apuestos
unos soldados cabales.

Entre la tropa guerrera
viene ondeando una bandera,
una bandera española:
mucho honor la patria espera
del brazo que la tremola.

¡Sús, adelante, soldados,
del batallón infantil!
¡Cuántos héroes esforzados
columbro yo involucrados
en esa tropa gentil!

De entre los que en filas van,
la gota gorda sudando,
con la prisa y el afán
por seguir la voz de mando,
cuántos héroes saldrán!

¡Cuánto valiente chiquillo
con la sangre hasta el tobillo,
se dará muy buena traza,
por defender un portillo,
en el asalto a una plaza!

O bien en una trinchera,
decidirá una batalla
luchando, como una fiera,
por dar gloria a su bandera,
entre el humo y la metralla.

Ea, adelante, adelante,
avanzad en formación,
tropa de héroes arrogante,
y a mostrar aquí al instante
como estamos de instrucción.

A cada voz, grave y ledo,
se mueve el grupo en el ruedo;
y en lo que toca al fusil,
lo esgrime, que causa miedo,
esa banda ratonil.

Graves, tiesos, vivarachos,
van y vienen los muchachos,
según mande un tenientillo
que tiene acento ronquillo,
ya que no tiene mostachos.

La patria os admira; ¡bravo!
soldados con esa entraña
son los que requiere España;
su causa hareis buena, al cabo,
en la primera campaña.

A más ver, batallón fuerte;
que ganeis los jefes, fajas,
los soldados cobre y suerte
y que no haga nunca bajas
en vuestras filas la muerte.





LA MADRE

La he visto del niño enfermo
acariciar el semblante,
besar su roja boquita,
besar sus carrillos que arden
por la calentura intensa
por la fiebre aguda y grave.

La he visto con gran cariño,
una vez y otra tapparle,
decirle cuanto le quiere
con arrebatadas frases;
y cuando llega la noche
la he visto velar constante,
sentada junto a la cuna
donde el enfermito yace.

Hasta de dormir se olvida,
porque, mientras pena su ángel,
¿cómo, aunque llena de sueño
podría dormir su madre?





FELICITACIÓN

A un estudiante tradicionalista

SONETO

Y yo también, al bravo mozalbete,
al valentón que desafía y jura,
al niño-hombre que ostentar procura
todo el brío y valor de un matasiete.

Al que nos pone a todos en un brete
y nos hace pasar la pena dura,
cuando defiende, inmaculada y pura,
la bandera del magno Carlos siete.

Al gran batallador, al que un engorro
nos arma, en dos paletas y discute,
con lengua y puño, a un tiempo en sus porfías

Al que suele charlar más que un cotorro,
a éste yo le deseo que disfrute,
por muchos años, de felices días.





ROSA DE LIMA

:: Para la buena e inocente niña ::

Carmita Entralgo y Vallina — (Habana)

I

¿Por qué la risa no anima
tu carita encantadora,
pequeña Rosa de Lima,
si todo el mundo te mima
y tú buen papá te adora?

Por qué, si en tí no hay resabios
de un mal que al alma te llegue,
ni sabes cosa de agravios,
no entreabre la risa el pliegue
de tus purpurinos labios?

Y en verdad que eres bonita
y graciosa y menudita
y mereces un altar,
pues eres una santita,
cuando te da por rezar.

Para tu dicha repito,
que, puesta en un altarcito,
estarías muy bien tú
que honras el nombre bendito
de la Virgen del Perú.

II

La pequeña niña Rosa,
miniatura de mujer,
es muy seria y muy juiciosa
y, en su casa, muy hacendosa,
como se debe de ser.

Tiene ella puesto su amor,
porque juzga sacrilegio
el ocio entorpecedor,
en su bolsa de labor
que pone encima: «Al Colegio».

Al colegio, al que ama ir,
donde ella aprende a escribir
unas letras diminutas
que hacen facha de reclutas
que lleva un cabo a instruir.

No conoce esa pereza
con la que yo, en vano, lucho
y todo a Dios lo endereza
y mucho a la Virgen reza,
para que la quiera mucho.

Y, cuando está rezadora,
como su cara se anima
y aun de carmín se colora,
se pone cautivadora
la niña Rosa de Lima.

III

Pero por qué no sonrío,
y si no deplora agravios
ni guarda de mal resabios,
por qué el sonrío no deslie
la púrpura de sus labios?

Yo, de tan notorio hecho
no sabré dar la razón;
más, con certeza, sospecho
que hay mucha nieve, en su pecho,
cubriendo su corazón.

Y esa nieve que el rigor
de sus instintos glaciales
lleva al rostro encantador,
solo la funde el calor
de los besos maternos.

Así que a nadie disuene,
ni nadie osado la riña,
porque sería se mantiene,
ya que ella madre no tiene,
pues la perdió de muy niña.





EL GENERAL

En tu alazán de madera
no montas del todo mal,
y hasta haces facha algo fiera.
Te he de ver, antes que muera,
hecho todo un general.

Con traje más que bonito,
de oro y plata galoneado
¡qué bien estará Pepito!
Tú subirás, lo repito,
hasta el tercer entorchado.

Tengo en mi cuarto guardada,
y tuya será más tarde
una reluciente espada,
que con fiero y noble alarde
será por tí manejada.

Altivo y noble guerrero,
si algún invasor maldito
profana el solar ibero,
tú habrás de ser el primero
que des de venganza el grito.

Ya en un corcel con lucientes
arreos, que ufano montas,
te estoy viendo con valientes
frases, hablar a tus gentes
para la batalla, prontas.

Y tal vez, en una altura
con orgullo y pasmo veo,
destacarse tu figura,
entre la densa negrura
del humo y del cañoneo,

Dando desde allí, formal,
en frases breves y pocas,
órdenes a cada cual,
Ah! no es Pepe un general
que mande a tontas y a locas.

Todo esto un día has de ser,
pero ahora, Pepito amado,
vete por ahí a correr,
que tengo el tiempo contado
y tengo mucho que hacer.

Sé siempre bueno y formal,
y corre a jugar, Pepito.

Me respondes; que no tal?

Anda, obedece prontito,
mocoso de general.

Note Su Excelencia imberbe,
aunque no le dé contento
que no esto un campamento,
y así será bien se observe
aquí el cuarto mandamiento.

Ya vendrán tiempos mejores,
en que de uniforme y ros,
mandes a tus inferiores;
ahora aquí están tus mayores
que están en lugar de Dios.

Guanabacoa, VI, 1910.





NO TENGO PADRE

I

Ahora, al besar la frente de aquel niño,
que fué siempre mi encanto y mi ilusión;
cuando acudir le veo a mi cariño,
me mana sangre ardiente el corazón.

Gustaba yo rendirme a sus antojos
y su cara risueña contemplar,
y ver sus ojos, sus brillantes ojos
profundos como el cielo y como el mar.

Cuando, al reirle de hombre sus alardes,
besaba yo sus labios de rubí
saludábame él:—Muy buenas tardes;
me dió pa' pá memorias para tí.—

II

Dulce y sincera efusión
del más ardiente cariño;
tiene para el corazón,
no sé que inmensa atracción,
el puro afecto del niño.

Dios de amor, Dios de los cielos,
para aliviar mis dolores,
para calmar mis anhelos,
junto con vuestros amores,
dadme amor de pequeñuelos.

Dadme un tierno amor a mí,
a quel amor similar

del niño de que hablo aquí
cuyos labios de rubí
gustaba yo de besar.

III

Aunque ausente, dos años, he vivido
llego a la patria, y a mi afecto fiel,
hoy mismo por las calles he salido,
por ver si encuentro al amiguito aquel.

Le hallé en un sitio de su hogar cercano;
mas ¡ay! con gran sorpresa advertí yo,
que no bien me miró, gorrita en mano,
el llanto sus pupilas inundó.

—Qué te pasa, mi bien? Le dije, ledo.

¿Dónde tu afecto y tu saludo está?

—¿Mi saludo? Solo ese darte puedo.

—¿Y tu papá?—No tengo ya papá.

IV

Apartando sus bucles tan bravíos,
a la luz de sus ojos advertí,
que halagos, más profundos que los míos,
faltaban en su boca de rubí.

Guanabacoa, II, 1912.





LA MUERTE DEL NIÑO

Con transportes de alegría,
mirándole tan bonito,
su madre ayer lo decía;
que otro en el mundo no había
más bello que su angelito.

Y, entre caricias ardientes,
aquella madre tan buena
besaba, de gozo llena,
sus mejillas transparentes
del color de la azucena.

Y su charla la encantaba,
y con más besos sellaba
del niño los labios rojos,
y algo de cielo encontraba
en el azul de sus ojos.

Hoy extintos los fulgores
de esos ojos seductores
le ponen sobre una mesa,
para adornarle con flores
mientras su madre le besa.

Lucero que se ha extinguido,
parece, en sueño sumido,
que su ventura no advierte,
y es cierto que se ha dormido;
pero en brazos de la muerte.

Mientras se llora y se reza,
colocan a la cabeza
del niño y a los extremos,
ya un clavel que a ajarse empieza,
ya ramos de crisantemos.

Su madre ayer lo decía,
que otro más lindo no había
que su hermoso chiquitín,
y, sin duda, lo creía,
pues era su madre, al fin.

Y a las noches, cuando impío
mal, le robaba el calor,
decíale con amor:

—Anda, duérmete, bien mío;
mañana ya estás mejor.

Y se ponía a arrullar
las gracias que a ella la encantan,
con ese himno singular
que solo las madres cantan,
y otros no saben cantar.

Y sin sentir pena alguna,
aunque ya duda importuna
dentro de su pecho abriga,
se estaba junto a la cuna
muerta de sueño y fatiga.

Hoy no hace más que rezar
y no hace más que gemir
y sus ojos enjugar,
rojos del mucho llorar,
turbios del poco dormir:

Y es que el chiquitín se ha muerto,
y está allí, como un clavel
cortado, al nacer, del huerto,
y llora, al mirarle yerto,
y la gente en torno de él.

La pena que la devora
rinde a la madre que llora
con llanto amargo y prolijo;
y así se está hora tras hora
llorando siempre a su hijo.

Mas al ir, del vecindario
la gente, en cortejo vario,
desde la casa mortuoria;
los bronces del campanario
repican, tocando a gloria.

Y al ver los restos amados
que ajó de la muerte el hielo,
sonríen emocionados,
los ángeles asomados,
a las ventanas del cielo.

Guanabacoa, XI, 1910



LA CANTINERA

Soldaditos, soldaditos,
los de las pasadas fiestas,
vestid pronto el uniforme,
echaos el arma, a cuestras,
y pronto, pronto a la plaza,
a formar a la carrera,
que están, a formar tocando,
la campana y la corneta.
Pobre! ¿verdad soldaditos?
pobre de la cantinera,
que al batallón infantil
siguió en las pasadas fiestas,
y, hoy, recibe sus honores
fúnebres, en la carrera
y luego junto a la tumba
para recibirla, abierta.
Mas ¡ay! marciales y apuestos
los de la armada caterva,
cuando su cuerpo acompañan
¿a que ninguno se acuerda
de que es muy dada la muerte
a segar las rosas frescas
y que gusta del perfume
de flores recién abiertas?

Pobre batallón que hoy pierde
a su linda cantinera,
niña de pocos abriles
blanca flor de dulce esencia
que ayer rompiera el botón
y hoy las escarchas la hielan.

Pobres, pobres soldaditos
llorad a la cantinera,
la niña de lindos ojos
que vuestras filas siguiera;
mas sonreid, acordándoos
de que en la mansión eterna,
vive feliz la que, ayer,
dejó la mezquina tierra,
muriendo el bello morir
de la edad de la inocencia.



FRANCISCANAS √ MÍSTICAS



HISTORIA DE UNA FLOR

I

Mustia y sola, recordando
una hermosa primavera,
no me acuerdo desde cuando,
está una flor perfumando
las hojas de mi cartera.

Flor que fué rica y galana,
y que, mudo de embeleso,
yo allí guardé una mañana,
después de estampar un beso
en su corola lozana.

Tanto la flor me prendó,
que después de darle abrigo,
mi corazón decidió
que doquier que fuese yo,
viajase la flor conmigo.

Así siempre en mi carrera,
conmigo está, triunfe o luche,
la olorosa compañera
a quien yo di por estuche
las hojas de mi cartera.

II

No ha estado mi flor galana,
nunca jamás oprimida
por unos labios de grana,
ni en el pecho suspendida
de una hermosura mundana.

Ni vió jardines ni reja
do la cuidara el desvelo
de algún arcángel del suelo,
ni adornó rubia madeja
de blondo sedoso pelo.

Más humilde y más modesta,
la flor hermosa que puesta
ahora en mi cartera está,
tiene una historia que es ésta
que voy a contaros ya.

En una desierta ruína
de un convento derruido,
hallé yo a la flor divina,
besando, en una hornacina,
a un Santo que me es querido.

Santo que yo conocía
por las llagas que tenía,
que nadie allí veneraba
y sólo la flor besab :
que amante, al Santo envolvía.

¡Ay! La imagen olvidada
tal vez sintió el embeleso
de contemplarse arrullada
por el cariñoso beso
de la flor enamorada.

III

Tuve yo muy buen cuidado
de coger aquella flor
que a mi santo Fundador,
en la llaga del costado,
le besaba con amor.

Y, desde entonces, la hermosa
gala de la primavera,
la flor que es mi compañera,
mustia y callada, reposa
colocada en mi cartera.

Guanabacoa, IX, 1911.



El Heraldo del gran Rey

I

Caballero de la idea,
de lo antiguo amartelado,
con el presente menguado
se aviene mal mi razón;
yo ambiciono dar remate
en justa noble y briosa,
a una leyenda gloriosa
que he grabado en mi blasón.

Caballero de la idea,
suspiro por los torneos
do se alcanza sin rodeos
del vencimiento la prez.
Por ver en triunfo el designio
que alma y corazón me llena,
yo bajaría a la arena
armado, una y otra vez.

No desdice mi braveza
ni mis donados fieros
de los buenos caballeros
que honra de mi stirpe son;
sabed que ellos alcanzaron,
por estos mismos caminos,
muy honrosos pergaminos
y un muy glorioso blasón.

Creó mi stirpe el bizarro
que, con fervor nunca visto,
se llamó heraldo de Cristo
a quien llamaba su Rey;

decidme, si por dar gloria
de Jesús a la realeza,
cualquier fiero o gentileza
será en mí de mala ley.

II

San Francisco, Padre amante,
yo tu memoria venero,
yo tus huellas seguir quiero
con la mira puesta en Dios;
quiero cumplir, cual cumpliste
tus magníficos destinos,
por atajos y caminos
yendo de su gloria en pos.

—Viandantes de estas comarcas
herirá mi voz el aire,
ninguno me hará el desaire
de su jornada seguir,
sin que antes aquí confiese
que todo buen caballero
debe servir al cordero
que por nos quiso morir.—

Grabada, oh Padre, en mi escudo,
porque brille en la contienda,
llevo una hermosa leyenda
que en todo a la tuya es par,
noble leyenda que dice:
Dios mío y todas mis cosas
cuyas palabras hermosas
cifran todo mi pensar.

San Francisco, Padre amante,
a tu semejanza quiero
ser heraldo y pregonero
de Jesús nuestro buen Rey;
quiero terminar mis días
con fervor noble y profundo,
difundiendo por el mundo
el imperio de su Ley.

III

Qué hacéis, obreros del Padre,
que dormís pesada siesta?
Al árbol la segur puesta
ha mucho tiempo que está,
y a pesar de su follaje
y de su pompa lozana,
no durará hasta mañana
el árbol que oscila ya.

Hay ricos campos lejanos
de muy buena sembradura
do se cae de madura
la hermosa opulenta miés;
¿qué queda ya de provecho
en la envilecida Europa?
Quitadla su regia regia ropa
y la veréis tal cual es.

Recorriendo sus naciones,
id acotando en el mapa
lo que al imperio se escapa
del divino Redentor
y veréis que es ese un pueblo
que, en medio de horribles dudas,
deja a Jesús, como Judas
el hipócrita traidor.

Alzaos, nobles obreros,
generosos franciscanos,
y a la labor poned manos
con honda constancia fiel:
imitad del noble Padre
su gran fervor nunca visto,
sois los cruzados de Cristo,
luchad y morid por él.

Guanabacoa, X-11-1911.





SAN FRANCISCO DE ASIS

Vive en los siglos, con eterna gloria
el que en nada estimó la gloria humana
y su nombre inmortal llena la Historia
que sus grandezas de contar se ufana.

En ella los artistas soberanos
buscan de luz vestida, su figura
que al lienzo fijan con ardientes manos,
o tallan, a cincel, en piedra dura.

Y eso que es de los pobres el caudillo,
el que a Cristo siguió pobre y humilde
y tras sus huellas caminó, sencillo,
sin quitar de su Ley jota ni tilde.

Y eso que desdeñando la grandeza
el fausto estéril y el mundano lujo
amó, cual nadie ha amado, la pobreza
y a humillación extrema se redujo.

Mas ¡ay! no en vano envuelve su gran nombre,
aureola de esplendor y brillo tanto!
En Francisco de Asís no hay solo un hombre,
en Francisco de Asís se admira un Santo.

Un Santo, sí. Cuanto del mundo encierra
la redondez, la brisa que aspiraba,
el sol, el fuego, la florida tierra,
todo a su Dios amante le llevaba.

De espalda a su Hacedor ve vuelto el mundo
y una idea en sus mientes, acaricia
que le inspira su amor grande y profundo:
fundar, para ganarle, una milicia.

Nuevo Moisés, el serafín humano
a un monte sube, lejos del desorden

del mundo, donde Dios dicta a su mano
la Regla que hasta hoy guarda su Orden.

Y si austera parece a Fray Elías
él del cielo esta voz oye imperiosa:
—No hay cosa tuya allí, todas son mías;
a la letra observadlas y sin glosa.

Mientras en todo al Redentor imita,
¡cómo a sus hijos, con fervor no visto,
les ruega emprendan la misión bendita
de ganar pueblos y almas para Cristo!
¡Porque él ama a su Dios y en Él adora!
Porque él ama a su Dios de ardiente modo
y le ve en los matices de la aurora
en el fuego, en el sol, en todo, en todo.

Desdeñando del siglo la riqueza
el Pregonero de su Rey se llama
y guarda fe inviolable a la Pobreza
que es su delirio, su pasión, su dama.

Y le agrada, del bosque solitario,
cuando ora a Dios en la espesura amena,
que alterne con los versos del breviario
su trino la canora filomena.

Y a par de los hermanos ruiсеñores
cuando vaga en el bosque, sin testigo
se solazan mil pájaros cantores
volando en torno de su dulce amigo.

Y él, del alado volador concurso,
mandando suspender los trinos suaves,
como amador de Dios en un discurso,
habla de Dios a las hermanas aves.

Qué más? De Eugubio la asombrada gente
mira al lobo, terror de su comarca
de rodillas ante él, humildemente
lamer los piés desnudos del Patriarca.

Y en prenda de amistad, dando su mano
a su fiel mediador, promete el lobo,
querer y respetar al ser humano,
vivir de caridad y no del robo.

Ora Francisco vive en la aspereza
y el pan amarga con silvestres jugos;

mas dádiva por ser de la Pobreza
a pan de flor le saben los mendrugos.

Ora el fuego sin par de sus amores
incita a ir, de Cristo al Pobrecillo
a hablar de Dios y el alma a los señores
que están de justa en el feudal castillo.
—Después que vaya a Dios, dejando el mundo,
tanto es el bien, prorrumpo, que yo espero,
que juzgo el oro y plata lodo inmundado
y me es deleite, hasta el dolor más fiero.—

Cesa la gente señorial guerrera,
por el sermón la fiesta abandonando,
y del pobre de Cristo oye a la vera,
la plática inflamada el conde Orlando.

Del amador de Cristo le impresiona
la palabra, a la vez, fogosa y tierna
y, en un arranque de piedad, le dona
un monte que suyo es; el monte Alverna.

Un monte abrupto, seco y apartado
donde el silencio a la oración invita
y al que Francisco irá, por Dios guiado,
con Fray León, de Dios mansa ovejita.

Ay! De allí ha de bajar, después que vea
a Jesús, cara a cara y sin enigmas
y en éxtasis de amor, sellado sea
de su sacra Pasión con los estigmas.

Y herido así y en Cristo transformado
tendido expirará en el frío suelo,
siendo su hermoso espíritu llevado
por legiones de arcángeles, al Cielo.

Mas aunque el mundo deje su alma pura,
nacida al beso de su amor profundo,
veis que en el mundo, su milicia dura,
llamarada de amor que anega al mundo.

Oídme, generosos franciscanos,
cuyo fervor al Padre me recuerda
que, como yo, ceñís su tosca cuerda
y su nombre adoráis. Oídme, hermanos.

Al compás de una voz briosa y tierna, *
yo en mi canto también deciros quiero:
—Sacad del celemín vuestra lucerna
y ponedla en el alto candelero.

Fuertes y armados de valor profundo,
sin que valla ni escudo se os resista,
en hueste valerosa, por el mundo
de las almas salid a la conquista.

Con los desnudos pies hollando el lodo
recorred, espigándole, el sembrado
de las almas; que en esto como en todo,
cogerá vuestro ardor el cien doblado.

Traed al bien las almas indecisas
que la desidia a sus pasiones ata
y haced que aspiren saludables brisas
los tristes pechos que la asfixia mata.

Nuevo emblema añadid a vuestro escudo
que de Jesús figure el vasto aprisco
cuyos muros gigantes con su nudo
ciñe y ata el cordón de San Francisco.

* S. de Luque.





Las llagas de San Francisco

En una hoguera de amor
me puso el Esposo amado,
me dió rico anillo al dedo
mi cordero enamorado,
y luego me echó en prisiones,
y con cuchillo acerado
hiriéndome el corazón
me lo dejó destrozado.

En lucha de amor herido,
voy por los montes llorando;
vuelan junto a mí en bandadas
los pájaros mis hermanos;
el lobo hirsuto del monte
junto a mí camina manso,
y en chirridos deshaciéndose,
de la angosta senda al lado,
las hermanitas cigarras
elevan a Dios su canto.
Cuando voy embebecido
por la selva caminando,
baja un serafin del cielo,
hacia mi viene volando.

La lid de amor se renueva,
mas perdidoso no salgo,
que gano yo de adehala,
tras el combate empeñado,
las insignias victoriosas
que antes llevaba mi amado.

Si están heridas las tuyas,
heridas están mis manos,

como él una herida llevo
roja y honda en el costado,
y mis dos pies atarazan,
como los suyos, dos clavos.

De hoy en más he de decirles
a los que van preguntando:
— ¿Qué son, a ver, estas llagas,
que hay en tus pies, pecho y manos?
— Con éstas fui herido en casa
de los que mucho me amaron.





Canto triunfal a la Orden Seráfica

En este año de 1909,
Centenario VII de su
: fundación gloriosa :

I

Cantad, del nuevo y venturoso día,
la pura hermosa luz que el cielo dora;
cantad, poetas, la risueña aurora
con himnos de vibrante poesía.

Que de sus rojos vívidos fulgores,
cuando iluminan el azul profundo,
vienen besos de amor entre las olas;
besos de amor del cielo para el mundo;
besos de la alma, luz para las flores
que dilatan sus mágicas corolas.

El alba, cual señora del espacio,
reina, y la luz que esplende purpurina
oculta al caminar, con su cortina,
los refulgentes discos del topacio.

Despiértase la tierra adormecida,
mientras del aire en la región serena,
voz, del mundo otra vez, tan sólo oída:
«Paz y bien, paz y bien» dulce resuena.

Inunda el aura célico contento
que al mundo anunciar quiere
que la hora sonó de un gran portento;
mensaje tal de dicha y de contento,
himnos de amor y gratitud requiere.

II

Ven, arpa, ven. Las fuertes vibraciones
de tu cordaje tenso
hagan brotar las mágicas canciones
que palpitan en él, y con sus sonos
fórmese un himno vibrador, inmenso.

Cantemos al glorioso enamorado
que un reguero de amor dejó en la tierra,
y tras ardiente y generosa guerra,
quiso para su Dios dejar ganado
canto capaz de amor el mundo encierra.

¡Ay! En su pecho la encendida llama
de un impetuoso amor oculta ardía;
pero era tan vivaz, cual la que inflama,
del sol, del cielo y tierra soberano
el ardoroso disco,
al que en versos de hermosa poesía,
con efusivo amor llamaba «hermano»
cantando su hermosura el gran Francisco.

Cual del día la espléndida lumbrera,
él se abrasa en amor puro y sincero
hacia su amante «Esposo», hacia el «Cordero»
que le ha puesto de amor en una hoguera.

Para su intenso amor, los reinos pocos
del mundo son, y a concentrarlo anhela
parte en su corazón, parte en la escuela
que establece de amor, como en dos focos.

Y brotan rayos de uno y otro centro,
y si él todo en Jesús se transfigura
y lleva en sí de su Pasión las señas,
del Dios que pide amores, al encuentro
sales tú ¡oh, Serafín Buenaventura!
y a los hombres enseñas,
alumbradas con luces celestiales
los rutas para amarle que diseñas
en tus libros de mística inmortales.

De Francisco al aliento se renueva
el orbe todo, que rendido lleva
a Dios con la enseñanza del ejemplo;

truéase el mundo en dilatado templo,
de cuyos muros la virtud se ampara,
y generosa, haciendo sacrificio
de sus riquezas, galas y hermosura,
con sus monjas, de madre en el oficio,
brilla la virgen Clara
que en trenza gentil, blonda, tonsura
y en San Damián de Asís vive en clausura.

Pero en las ansias de su amor profundo
no un alma y otra no; la Europa, el mundo
Francisco hasta su Dios conducir quiere;
y el pensamiento entonces le sugiere
su amor, de establecer la Orden Tercera,
que cunde y se propaga donde quiera,
cuya cuerda el primero honra Luchésio,
y el trovador de Todi enamorado,
que llora, de su amor desengañado,
ciñe, y dejando el viejo cerventesio
del bajo amor se mofa,
y estrofa tras estrofa
rима el «Stabat Mater», ese canto
que suena como un llanto,
cuando se oyen sus versos inmortales
en las viejas suntuosas catedrales.

Océano de bien vasto y profundo,
canta a esa ilustre Orden, estro mío;
Terciario fué Colón, gloria del mundo,
Terciarios fueron Lope, el gran Cervantes,
letrados, nobles, reyes, e imperantes,
y aun hoy de serlo se honra el Papa Pio.

Océano de bien; ante el fecundo,
ante el terciario ardor, vencido escapa,
deshecho su poder, el vicio inmundo;
por eso con verdad dijo otro Papa:
«Cunda esa Orden, y se salva el mundo».

III

¡Ay! ¿Al Papa he nombrado?
amor sus !Con cuánto enseñanzas quiso

seguir de Cristo el pobre enamorado
estando a su querer siempre sumiso!

Del Romano Pontífice su escuela
pone a los pies, con reverente modo,
y servirle doquier es lo que anhela,
y ama junto a él star, siempre y en todo.

Y así al mundo en error sumido viendo,
con gran fervor, siguiendo
de católica luz los rumbos fijos,
entre la gente herética y pagana,
apóstol él y apóstoles sus hijos
salen a propagar la fe romana.

A su afanoso ardor todo se rinde,
ni valladar, ni linde,
sus ímpetus contiene, ni fronteras,
y a los risueños campos italianos
baja un alud de ardientes franciscanos
al capítulo aquel *de las Esteras*.

La multitud callada y penitente
oye del Padre allí la voz ardiente
que a ganar les excita para Cristo
las almas que en prisión tiene el demonio,
en cuya empresa, con fervor no visto,
tanto brilla después el gran Antonio.

En tanto nueva luz en las Escuelas
difunden los ingenios franciscanos,
y con orgullo miran sus hermanos
la borla de doctor con que corona
la frente de sus sabios la Sorbona;
y te admiran a tí, genio que vuelas
como el águila real, junto a las nubes
por la alta metafísica, a tí ¡Escoto!
cuyo nombre del mundo hasta el remoto
confín lleva la fama, cuando subes
a su alta cumbre, de talento un día,
acabando un certamen gigantino
con aquel tu argumento diamantino:
«¿Pura en su concepción fué o no María?
Que fué pura y sin mancha es lo que opino,
pues Dios pudo así hacerlo y convenía».

¡Gloria a su ingenio que admiró a la tierra!
y gloria al fraile ilustre de Inglaterra
también, que anticipóse al siglo de oro
de la química audaz, y entrevió el fuego
que en la inflamada pólvora restalla,
y el proyectil arroja en la batalla;
al que estampó en sus libros el tesoro
de sus sabias y nobles invenciones
que Europa aplaudió luego,
y vió barcos surcando las regiones
donde viven los monstruos submarinos,
y vió de hierro andar por los caminos,
del vapor a la fuerza propulsora,
lanzando humo, la audaz locomotora.

IV

Pero ¡ay! en tanto que su ciencia esplende
por doquier, la familia de Francisco
no la misión sagrada desatiende
de atraer de Jesús al dulce aprisco
las almas extraviadas,
y de Oriente en las tierras apartadas,
y en las que el mar de Atlante orla y defiende,
cuando del almo sol despunta el disco
derramando fulgores luminosos,
alumbra y esclarece los senderos
donde las huellas de sus pies hermosos
graban, al caminar, los Misioneros.

Los unos de Jesús en la gloriosa
tumba continuo asisten, otros vuelan
a la tierra de Oriente misteriosa,
y sus misterios sondan y revelan.

Y sin guiarle la ambición, tan solo
por predicar a Dios que le socorre,
un fraile pobre y misero recorre
la ruta que eterniza a Marco Polo.
Y así va a visitar fray Oderico
el reino del gran Khan remoto y rico,
y gana a Cristo allí súbditos fieles,

siguiendo los errantes campamentos
de los mogoles hoscos y sangrientos,
y en sus tiendas de pieles,
él y sus valerosos compañeros,
duermen con los guerreros
que hacen temblar al mundo, confundidos,
y escuchan sus salvajes aullidos.

Mas si la roja sangre purpurina,
del Japón y la China
deja el extenso suelo matizado,
del mar al otro lado
nuevas ardientes huestes franciscanas
so los toldos penetran que las lianas
con sus verdes ramajes entretejen,
y a los indios protegen
del furor de sus rudos opresores,
y de las olas de la mar, vertiendo
espléndidos fulgores
cuando se eleva el sol de las mañanas,
mira la cruz de Cristo protegiendo
la fe y la dignidad americanas.

¿Con qué se honra a los héroes gloriosos?
¿Con palma y lauro eterno? Pues entonces
enalteced sus nombres generosos
y grabadlos en mármoles y bronces.

Su inmensa gloria pregonad al mundo,
y al unísono canten los humanos
himno de triunfo vibrador, profundo,
en honor de los héroes franciscanos.

V

Angel bello de luz, mi mente inspira,
torna el fuego a encender en mis canciones
que abrasen los humanos corazones,
al brotar de las cuerdas de mi lira.

Que cual cisne que muere solitario,
al dar fin a mi rítmica tonada,
la memoria dejar quiero grabada
de un santo y memorable Centenario
en la estrofa más bella y cincelada.

La obra de San Francisco, su gran Orden,
vencedora del tiempo y sus injurias,
y sin mellarla vicio ni desorden
suma de existencia hoy siete centurias.

Alegraos, gloriosos franciscanos,
de Cristo y de su Iglesia campeones,
con el sayal vestidos, vuestras manos
al cielo alzad, y alzad los corazones.

Volved la vista atrás, y la carrera
mirad que vuestro afán corrió gigante,
y a correrla animaos toda entera;
luchad por Jesucristo donde quiera
y adelante seguid, siempre adelante.

No deis paz ni reposo a vuestras manos,
haced al vicio encarnizada guerra,
fervientes franciscanos,
sin descansar hasta mirar la tierra,
con los dones del cielo enriquecida,
llena de la paz santa apetecida,
llena de bien profundo,
llena de paz y bien que anunció al mundo,
con gozo placentero,
el Mensajero, que de Asís, un día,
las animadas calles recorría
y que era de lo alto mensajero.





Los misioneros franciscanos en el E. Oriente

Torna Jesús hacia el lejano Oriente
que el alba hermosa, con su luz clarea,
el rostro que a los ángeles recrea
y de Israel mesó la impía gente.

Y al ver las tierras que formó su mano,
de verdor y de flores coronadas,
sor el canto monótono arrulladas
que alza a sus pies, tendido el Oceano.

Y al mirar, por las aguas esparcidas
las islas que su Autor sonrió al hacerlas,
salpicando el gran llano, como perlas
del collar de una reina desprendidas,

Al Corazón del Amador eterno
descendió honda tristeza abrumadora,
cual la tristeza que sintió en la hora
en que contra El se desató el Averno.

Sobre las tierras que la brisa orea
del asiático mar cespó y undoso
y sobre su gran pueblo numeroso,
la cruel superstición se enseñoera.

En infames creencias sepultadas,
las almas de sus tristes moradores,
no sienten la atracción de sus amores
ni al centro de Jesús van orbitadas.

Mas ¡ay! la aurora de risueño día
el corazón del celestial amante
inundó de placer, cuando triunfante,
en el límpido cielo de la Umbría,

Apareció una estrella brilladora
y a traer a Jesús vino Francisco



la porción de la grey que, del aprisco,
no ya el camino, la existencia ignora.

Con su pupila el universo abarca,
y sin alforja, báculo ni alijos,
a ganarlo a su Dios manda a sus hijos,
ardiendo en santo celo, aquel Patriarca.

Y el regio arrendador, a obreros tales
cuando viene a exigir sus intereses,
además de talentos, halla mieses
en los risueños campos orientales.

Prosiguen, con afán, los campeones
su tranquila labor, a veces cuenta
en que el suelo la púrpura ensangrienta
que derrama el puñal de los sayones.

Mas, germen de que brotan los cristianos,
ella acrece a Jesús la grey creyente
y hoy da héroes al Japón armipotente
la sangre que vertieron mis hermanos.

En las falanges ¡ay! de esos obreros
a tan altas labores entregados,
yo también, yo también, tengo alistados
valientes y gloriosos compañeros.

A luchar los llevó su fe de roca,
de su amor por las almas el exceso,
en donde ellos sus pies, yo pongo el beso
más caliente y más tierno de mi boca.

Trabajad, trabajad, nobles obreros,
sin que el cansancio estéril os oprima,
del bello fruto de la mies opima
hasta colmar del Padre los graneros.

Dad ósculo de paz en esas frentes
que, a pesar del amor de que blasona,
Europa humilla y de irrisión corona,
haciendo befa de sus tristes gentes.

Conquistad a Jesús pueblos que le amen,
en lucha hasta ganar contra el Averno
el lauro con que premia el Juez eterno
a los que vencen en el buen certamen



A los hijos de la Orden Tercera

La ola del error pujante
por la sociedad avanza,
contra la Iglesia la lanza
desbocada la impiedad;
propágase de los vicios
el aterrador contagio:
¿van a hundirse en un naufragio
la Iglesia y la sociedad?

Venid a tomar, vosotros
hijos de la Orden Tercera
un puesto en la lucha fiera
contra los vicios y el mal,
a ver si en los pechos vuestros,
despierta la lucha brava
aquel ardor que inflamaba
a vuestro Padre inmortal.

Valientes y decididos
con noble y viril aliento,
dad las banderas al viento
y avanzad de ellas en pos;
adelante, alta la frente
y en los labios la plegaria,
esa milicia terciaria
que es la milicia de Dios.

Yo saludo en vuestras filas,
a los modernos cruzados
que avanzan determinados
a sucumbir por su fe;
¡Ah! que vuestro ardor realice

de amor a la Cruz el grito
que en nuestro escudo bendito
simbolizado se ve.

Esos dos brazos figuran,
de la Cruz a entrambos lados,
que con la cruz abrazados
habéis siempre de vivir
con la cruz en la que amante,
Jesús nuestro bien muriera
por la que la Orden Tercera
sabr  luchar y morir.





La imagen de San Antonio

San Antonio, santo mío,
mi protector verdadero,
a quien con el alma quiero,
con cuyas gracias me engrío
a quien de verdad venero.

¡Cuántas veces voy a orar
en la soledad oscura
de una iglesia secular,
ante una bella escultura
que hay colocada en tu altar!

Muestra esa escultura el sello
de la más suave belleza;
tu rostro atrayente y bello;
y ensortijado el cabello
de tu agraciada cabeza.

Blancas, puras y olorosas
de aroma y frescura llenas,
abren sus hojas hermosas,
en tus manos primososas
unas cuantas azucenas.

Con mirada de dulzura,
que apaga y disipa enojos,
brillan tus azules ojos,
y hay no sé qué gracia pura
en tus finos labios rojos.

Con igual primor labrada,
en tu pecho reclinada
se ve la efigie bonita,
de Jesús, cuya manita
roza tu faz sonrosada.

Santo mío milagroso,
mi protector y consuelo,
se tú mi amparo en el suelo,
y luego, Antonio glorioso
llévame contigo al cielo.

Llévame al cielo a gozar
de la celeste hermosura,
cuando no pueda ya orar
ante la bella escultura
que hay colocada en tu altar.

Guanabacoa, V, 1910.





LA PÍA UNIÓN

Como ella fiel y aguerrida,
hoy la hueste franciscana
tiene otra hueste añadida,
bajo el mote conocida
de Pía Unión Antoniana.

Sus bríos gigantes son,
sus miembros son adalides,
y, la cruz al corazón,
de Cristo lucha las lides
esa poderosa Unión.

Por la cruz uniformados,
avanzad, nuevos cruzados
de las modernas edades,
a destruir los pecados
y a debelar impiedades.

Cuando domina el error,
y el mundo sin Dios ni ley,
miente que avanza mejor,
dadle a Jesús por señor,
dadle a Jesús por su rey.

Milicia piadosa, avanza,
que el triunfo a tu ardor profundo
de Dios, el Santo te alcanza
que es *Arca de la Alianza*
y *santo de todo el mundo*

Guanabacoa, VIII, 1910.



A los miembros de la Pia-Unión

Cruzados generosos
mi orgullo, mis hermanos,
fervientes antonianos
luchad bajo la Cruz;
luchad con indomable
denuedo nunca visto,
en honra a Jesucristo
de cielo y tierra luz.

De innúmeros sold dos
compuesta y ordenada
avance la Cruzada
la tierra a rescatar;
que valga su denuedo
a contener al mundo
que quiere el vicio inmundo
a Cristo arrebatat.

Doquier el vicio ostente
su innoble poderío,
le salga al paso el brio
de vuestras huestes; ¡sus!
¡oh nobles antonianos,
nombrando a Dios y al Papa
recomponed el mapa
del reino de Jesús.

Que vea, en los espíritus,
menguar su tiranía
la ruín masonería
vil hueste de Luzbel,
que vuestro ardor redima,
que libren vuestras manos

de monstruos y tiranos
al pueblo inclito y fiel!

Yo admiro vuestro esfuerzo,
en el combate bravo,
yo vuestro brío alabo
y a vuestro lado estoy,
dadme, de honor un puesto
en lid contra el demonio,
pues yo de San Antonio
devoto hermano soy.

La enseña de la hueste
también orna mi pecho
también yo satisfecho
sabré en la lid caer;
herido en los combates,
del mundo y de la suerte,
¡cuán dulce, acerba muerte
por Cristo padecer!

Morir por Dios ansia,
de celo mi alma llena,
hoy que la dura pena
me muerde el corazón;
huyendo el mundo hipócrita
artero y repulsivo,
la muerte por Dios vivo
no es muerte, es redención.

Con férvido entusiasmo,
valientes, decididos,
luchemos pues, unidos,
por nuestra santa fe;
que siempre, inextinguible,
de la piedad cristiana
la llama soberana,
en nuestro pecho esté.

Sabremos, si se apartan
de Dios, pobres hermanos,
los nobles antonianos
ganárselos a Dios;
¡oh sí! que el triunfo es nuestro
y es nuestra la victoria,

si de su santa gloria,
sabemos ir en pos.

Que todo, a nuestro influjo,
se sane y se renueve;
abajo el vicio aleve,
alcémonos y ¡sus!
veamos, generosos,
con energía intensa
de amordazar la prensa
que impía, odia a Jesús.

Por Dios, que el bien al mundo
para los hombres trajo,
en ocio y en trabajo,
se haga la acción sentir;
que luche, por doquiera,
con fe buena y cristiana,
la Unión pia antoniana,
y es nuestro el porvenir.

Guanabacoa-VI-1912.





JESÚS

Mi espíritu desvelado,
tiempo ha ya que corre ansioso,
con ansia de enamorado,
buscando el bosque frondoso
donde sesteaba el amado.

Transcurren las horas tardas,
y corriendo, en mi ansiedad,
veo las filas gallardas
de las numerosas guardas
que custodian la ciudad.

Centinelas de este muro,
¿alguien de vosotros vió,
—decidme, yo os conjuro—
pasar por aquí al seguro
a Aquel a quien amo yo?

Siguiendo un poco adelante
a Aquel a quien amo hallé;
¡feliz y dichoso instantel;
ya que he encontrado a mi amante
nunca más le soltaré.

Mi Amado bello e inerme
que es hechizo de Sión
sé que se recrea en verme,
y en lecho más rico duerme
que el lecho de Salomón.

Quiero gozar en reposo,
de sus profundas miradas
y embriagarme, cauteloso,
con el mosto delicioso
de sus mejores granadas.

Echado un brazo a su cuello,
quiero asistir a sus cenas
de dicha y contento llenas,
oliendo, en su jardín bello,
a ventalles de azucenas.

Anegado en un diluvio
de embriagadores aromas,
duerme, entre efluvio y efluvio,
mi Amado que es blanco y rubio
cual la nieve y cual las pomas.

De puntos rojos sembrado
está el cerco amoratado
de su frente peregrina,
y una llaga purpurina
muestra al izquierdo costado.

¡Llaga! mística abertura,
que das paso al corazón
de Jesús que es mi ventura,
sé tú mi cárcel oscura,
mi morada y mi prisión.

Yo en tí gozaré encerrado
las delicias del Edén;
ven mundo a buscarme, ven
en la llaga del costado
de Jesús mi dulce bien.

Guanabacoa-IV-1911.





JUNTO A LA CRUZ

Cruz bendita, cruz santa de mis amores,
símbolo y medicina de mis dolores,
cruz que, al rezar mi madre, llorando besa,
cruz santa que en la frente yo llevo impresa,
cruz cuya sombra hermosa siempre me auxilia
blasón, timbre y orgullo de mi familia
que vi honrar en mi humilde solar cristiano,
y que hoy honra mi nombre de franciscano;
deja, cruz bendecida, que aquí, en desorden
mis más hondos afectos ahora desborden,
para que sepa el mundo que te desprecia,
lo mucho que mi alma te honra y aprecia,
para que vea el mundo, cuanto al madero
de la cruz bendecida, yo estimo y quiero.

Cruz bendita que, seguido
de cortejo funerario,
llevó Jesús al Calvario
entre hieles de dolor,
y, en cuya aspa que formaban,
cruzado un y otro madero,
murió el celesital Cordero
por el hombre pecador.

Pira de amor, haz de leña,
adonde exhausto y doliente,
subió el Isaac inocente
para inmolarsse por mí.
la sangre que correr viste,
engendró, Cruz soberana,
esta mi sangre cristiana
que vertería por tí.

Iris de paz, arco hermoso,
 savia de amor escondida;
 tú fecundizas mi vida
 que anhelo a tí consagrar;
 yo, por amor a tus glorias,
 con ardor de misionero,
 hasta el fin del mundo quiero,
 la cruz bendita llevar.

¿No he de amar la cruz hermosa
 que mi corazón solaza,
 si ella es la cruz de mi raza,
 de mi pueblo y mi nación?
 Si aquí, en triunfo la trajeron
 los valerosos hispanos,
 si aquí los que son cristianos
 de mi raza y lengua son?

Al alborear mi vida, mi cruz amada,
 sabes que ya en mi cuna te hallé colgada,
 que, cuando yo era tierno niño inocente,
 tu signo bendecido trazó en mi frente,
 para que en mí su influjo siempre se note,
 la mano consagrada del sacerdote.
 Luego, de los caminos te ví a la orilla,
 en las pardas llanuras de mi Castilla,
 coronando gallarda los campanarios
 suspendida en las mallas de los rosarios,
 pintada en las lujosas coronas reales,
 y sombreando, muy alta, las catedrales,
 cual la que honra mi vieja ciudad hermosa,
 la más cuajada de arte, la más lujosa,
 suntuosísima, y regia, y... muy castellana,
 de la Salem celeste, mística hermana.
 Estepa de mi patria, cuyo recuerdo,
 como hijo bien nacido, yo nunca pierdo;
 calcinada meseta de mi Castilla,
 escucha el que hoy, te envío, desde esta Antilla,
 himno de loor grato, sincero y rudo,
 y en él oye las notas de mi saludo.
 Quien contemplar me diera tus inmortales,

monumentos de gloria, tus catedrales,
las ruinas solitarias de tus castillos,
y, en los claustros sagrados, tantos lucillos
con estatuas yacentes de personajes
vestidos de feudales típicos trajes.
Desde aquí, mi Castilla, yo te contemplo
a veces, como grande, vetusto templo,
a veces como inmensa tumba cerrada,
donde la cruz que adoro veo plantada.
La cruz que tus escudos nobles blasona,
la cruz que siempre amaste, noble amazona,
y que, debido al hondo fervor hispano,
hoy se adora en el rico vergel indiano.

Yo a los míos cuando enfermos,
como fieles, he mirado,
con el sacerdote al lado,
en paz con Dios expirar,
y, muertos y amortajados,
con honda emoción, he visto
como con la cruz de Cristo
los llevaban a enterrar.

Llevaban aprisionada,
la cruz, en las muertas manos;
eran ellos muy cristianos,
y querían ir así,
y por mortaja pedían,
con fe buena castellana
la túnica franciscana
que es la que me viste a mí.

¡La cruz y el sayal! Dios mío
yo no ambiciono otra joya,
para dormirme en la hoya
donde me hayan de enterrar;
dáme un sayal que me cubra
y de buen *Menor* me tilde,
y una cruz pobre y humilde
que haga mi tumba un altar.

Guantabacoa—III—1911.



EL AMADO

Falto de sueño y de calma,
llamo, del pueblo en redor:
Caminantes, por favor,
decidle al que ama mi alma,
que desfallezco de amor.—

Que, entre penas y martirios,
en poco está que no muero!
Que ardo de amor en delirios!
Contádselo así al cordero
que se apacienta entre lirios.

Están, de quedarme al frío,
debajo de sus ventanas,
mi frente y mis cejas canas
con el ampo del rocío
de las serenas mañanas.

Mi dulce, mi bello Amado
me da mil voces, diciendo:
Ven, que tu dicha pretendo;
Ven, que el invierno ha pasado
y las lluvias van cediendo.

En sus huertos edeniales
y en las majadas anejas,
florecen ya los rosales
y labran ricos panales
las zumbadoras abejas.

Es la estación de la poda
y exhala olor el viñedo;
yo aquí en el lagar me quedo,
a dormir la noche toda
en dulce reposo, ledo.

Como a su amor sonreía,
andando por los caminos,
Aquel que a mí quería,
me entró en la botellería
de sus regalados vinos.

Ah! enguinaldadme de flores,
dadle a mi pecho el licor
de un vino confortador;
que por seguir sus amores,
me estoy muriendo de amor.

Del vano mundo apartado,
quiero al amor que escogí
vivir del todo entregado:
yo todo para mi Amado
y mi Amado para mí.

Para el mundo mi desvío,
para el mundo mi aversión:
lleve yo, en toda ocasión,
venturoso Amado mío,
tu amor en mi corazón.

Ea, alma, pobre alma mía,
anda, levántate, sús,
está a los pies, noche y día,
del que es tu norte y tu guía,
del bien Amado Jesús.

Guanabacoa—II—1912.





MARÍA Y ESPAÑA

Hundido el mundo atlántico,
del fondo de las aguas,
surgió una tierra hermosa
de espumas coronada.
Vióla Dios, sonriendo,
ella se alzó gallarda,
de innúmeros jardines
se vió pronto sembrada
y el Hacedor Supremo,
porque nada faltara
de su potente diestra
a tan hermosa fábrica,
el más hermoso arcángel
le dió para su guarda;
la circundó de mares,
hizo de sus montañas
brotar fuentes salubres
que toda la regaran
y al cabo, por remate
y fin de glorias tantas,
la puso para techo
la bóveda estrellada.
Y aun quiso el Ser Supremo
colmar fineza tanta,
dando a España por madre
su misma Madre amada
porque una madre misma
tuvieran Dios y España.



CASTILLA



LA REGIÓN-MADRE

Noble tierra central, aun tienes glorias
a que volver triunfante la mirada;
aun puedes con tus triunfos ufanarte
gente de las mesetas castellanas,
esa tierra de sol y frío intenso,
estéril, pobre, sin cultivo, ni agua,
cuyos campos agota el sol de estío
y arrasan en invierno, las escarchas.
Esos campos estériles, quemados,
lentos están de gloria, oh dulce Patria;
el polvo de esos campos tuvo vida
en tiempos de más lustre y más hazañas.
Aun se alzan en tus pueblos y ciudades,
de cruces y de almenas coronadas,
las torres de tus templos y castillos
cuyos recintos los sepulcros guardan,
donde, entre flores de arte, están durmiendo
los héroes de las gestas castellanas.
¡Oh patria del valor y de los fuertes!
en tiempo de las épicas hazañas
cubierta de lirio la frente augusta,
y hoy triste y de los suyos despreciada.
¡Oh Patria del valor, aun tienes glorias
a que volver triunfante la mirada,
mientras yaces inerte, mientras todo
en el presente a tu grandeza falta!
En el rincón de un templo, entre crespones
negros, tu santa enseña está entfundada,
el morado pendón que tantas veces,
ondeara en los campos de batalla.

Ya no tienes valientes que te adoren,
ni poetas que canten tns hazañas,
ni escritores nacidos de tu seno
que con la pluma, dignifiquen tu habla.

Estúpidos y enclenques modernistas,
en cláusulas tan torpes, como vanas,
el salivazo de la injuria necia
te lanzan desdeñosos a la cara,
llamándote africana y tierra estéril,
desdeñando los lauros de tu raza,
en estúpidos versos sin sentido
compuestos de estrambóticas palabras.

Mas no, no has de morir, tierra de amores,
no has de morir, Castilla castellana,
para que vivas, te darán tus hijos,
amor, todo el amor que hay en sus almas;
las energías fieras e indomables
que aun no se han extinguido en nuestra raza
y sangre, roja sangre que en las venas,
corre, al mirar tu ruina, alborotada.





MI LLANURA

Todo es paz y silencio, en la llanura
llena de augusta, de imponente calma.
En ella, vierte el sol su lumbre pura;
triste y tranquila está, como mi alma.

Tú eres mi patria, inacabable llano,
con pueblos de vetusto caserío;
tú eres mi patria, suelo castellano,
que reseca el calor y atiere el frío.

Con cariño sin par, noble y sincero,
los lauros de tu historia yo proclamo:
cuanto más otros te odian, más te quiero;
cuanto más te maldicen, más te amo.

Soy de Castilla, y amo a mi Castilla;
¿tanta grandeza amar ha de ser mengua?
¿Al mundo pregonar, será mancilla,
los triunfos de mi Dios y de mi lengua?

¡Oh tierra generosa, te amo tanto!
tu gloria insigne, colosal, me admira,
y a tu solo recuerdo, brota el canto
majestuoso y vibrante de mi lira.

Despiértanse a tu nombre las canciones
que duermen a granel, en su cordaje,
y celebro tus épicas acciones,
tu cielo azul, tu gente, tu paisaje.

Los agrios, secos, arcillosos montes
que limitan tus vegas edeniales
y recortan los vastos horizontes
uniformes, severos, siempre iguales.

La esbelta catedral, del arte gloria,
que el aire hiende, espléndida y gallarda,

y me habla de mi raza y de su historia
en los lugares de la estepa parda.

Raza gloriosa que habitó mi suelo,
raza genial, vidente, pensadora;
de un pleno resurgir brille, en tu cielo,
amplio y profundo, la risueña aurora.

Enseñadla vosotros, escritores,
los miles lauros que su historia encierra,
otros asuntos desdeñad, cantores,
y a Castilla cantad. Cantad la tierra.

Cantad la noble patria, sin mancilla,
con libertad cristiana, grande y libre;
cantadla siempre. El nombre de Castilla
vibre en los pechos, en las arpas vibre.





A UNA FUENTE

Pura y limpia y sonora fuentecilla
que brotas, en amena soledad,
y a cuyas aguas, los frondosos árboles,
grata frescura dan.

Ignorada de todos, borboteas,
sin que puedan tu liquido enturbiar,
hombres, ni fieras, ni el confuso polvo
que arrastra el vendabal.

En su concha de arena, tus cristales
limpios y puros, en reposo están;
¿no es más grata tu calma, que la furia
del tempestuoso mar?

Allí las ondas, crespas, espumosas,
en continuo vaivén, sin reposar,
cruzando la extensión, van, de la costa
los riscos a azotar.

Quiero ser como tú, mi fuentecilla,
quiero el alma tener, cual tu cristal,
limpia, serena, sin que cosa alguna
la pueda perturbar.





BELLO PENSAR

Va ganando sin falencia,
con rapidez inaudita,
la superstición maldita
lo que pierde la creencia:
aquella vieja conciencia
de nuestra gente cristiana
es una leyenda vana
para la moderna gente
que cree ya solamente,
lo que a ella le viene en gana.

Aunque es legado de gloria
que la distancia acrecienta
tienen muchos por afrenta
nuestra colosal Historia.

Así que ponen su gloria
en mancillar su esplendor
y hallando siempre mejor
cualquier pequeñez francesa,
reputan pura futesa
lo que acabó el viejo honor.

¡Ira de Dios! Dónde están
aquellos tercios de Flandes
que a estos bellacos tan grandes
con la tizona no dan?

¿Dónde duerme el capitán
que con fe y astucia suma,
puso preso a Moctezuma,
que no nos desembaraza
de esta escoria de la raza
que al extranjero se suma?

Para éstos menguados seres,
los que en español hablamos,
vamos a tener por amos
de nuevo, a los bereberes;
somos locuaces mujeres,
somos un pueblo caído
sobre un suelo consumido
por los rigores del sol:
Al viejo honor español
no le halla el pueblo sentido.

Pueblo ya extinto hace rato,
que murió de un paroxismo
que le causó el fanatismo
de que hizo alarde insensato;
pueblo que en fiero arrebató
quiso dominar la tierra
poniéndola toda en guerra;
pueblo loco de verdad
a quien mató la piedad
y a quien la piedad entierra.

Con razones semejantes,
con discursos parecidos,
nos aturden los oídos
los sabios *européizantes*,
y hay que sufrir sus desplantes
sin lanzar un solo grito,
y hay que mirar de hito en hito
este cuadro aterrador,
con las lentes de color
que usa el vibrante grupito.

Tan brutal provocación,
tal saco dado a la historia
debemos por nuestra gloria,
llevar con resignación
y oír que la *inquisición*
mientan sin saber lo que es,
los dados a lo francés,
los que hablan del gran atraso
que, con cuanto halló a su paso,
dió en nuestra tierra al través.

Hay que pasar porque fuimos
hosca raza de tiranos
y demonios meridianos
que al mundo en temor metimos:
hay que fingir que asentimos
con franca y noble entereza
a lo que el Progreso reza,
sin que, indignos de la gloria,
veamos en nuestra historia
poca ni mucha grandeza.

En cambio hay hoy gente hispana
que ya sin la inercia rancia,
bebe y bebe en abundancia
ciencia buena y ciencia sana
la gran ciencia darwiniana
dicho sea como ejemplo,
cuya difusión contemplo
que en los pueblos atrasados,
de sus dogmas ignorados
va haciendo en cada alma un templo.

Honor a la ciencia nueva,
hasta ésta edad no sabida
que mil gérmenes de vida
en sus enseñanzas lleva.
Ella todo lo renueva
con su gran poder fecundo,
en éste pícaro mundo.
Cantadla, con sabio acento;
hasta yo, por ella siento
mi fervorcillo profundo.

Brille su hermosa aureola
a la luz que el sol destella.
Saluda a la ciencia bella
gente de raza española.
Ella tu sien tornasola,
no de ingrata la demandes;
sabiendo cosas tan grandes
debes ufanarte más
que necia, siglos atrás,
poniendo picas en Flandes.



EL SOLAR DE LA RAZA

Para la Colonia Burgalesa de la Habana, en su fiesta de
Junio de 1914

Pueblo castellano: no olvides
tus glorias.

R. LEÓN.

Por la orilla del río voy marchando;
la brisa trae efluvios de frescura:
hay derroche de luz y aves cantando
del poético bosque en la espesura.

El río al caminar, besa amoroso,
la fronda que su margen engalana:
hay quietudes de paz y hondo reposo
en la desierta gleba castellana.

Castilla! Este es tu campo solitario
ni estrecho, ni hosco, ni espectral, ni ameno,
de las antiguas gestas escenario,
panteón de glorias y osamentas lleno.

En él se asienta mi ciudad amada
oculta entre el verdor de sus florestas;
Burgos, la regia Cámara dorada
con el oro amarillo de las gestas.

¡Oh mi ciudad heráldica! Fecundo
nacimiento de insignes ciudadanos!
Aun honran tus prestigios por el mundo
los hijos de tu tierra, mis hermanos.

¡Ay! Cuántas veces surge en mi memoria

que de tanto esplendor se maravilla,
la caravana de héroes de tu historia
guiada por la enseña de Castilla.

Refrenando el trotón vivo y pequeño,
contemplo por la nava desolada,
en pos del capitán de ojo aguileño
avanzar la ruidosa cabalgada.

Sangre de Cides, fuertes en la guerra,
a cuyo nombre, ¡oh Patria! te recobras;
del Rey vasallos, hijos de la tierra,
pero hijos ante todo, de sus obras.

Del trabajo y del hambre sufridores,
en la defensa del Común unánimes,
soldados, traficantes, labradores,
sesudos, serios, íntegros, ecuánimes.

Maniático de guerras y linajes,
un éxodo de hidalgos castellanos
logró pisar, tras novelescos viajes,
el césped de los cármenes indianos.

Marchaban con anhelos inmortales,
reputando la vuelta por desdoro,
a buscar en las tierras tropicales,
la Castilla fantástica del oro.

¡América! Tú viste, silenciosa,
avanzar la ruidosa caravana,
llevando la quimera de oro y rosa
esculpida en su mente castellana.

Tú viste el rumbo que el tropel valiente
por tus frondosas soledades toma
y sentiste llamear el fuego ardiente
que palpita en su fé y arde en su idioma.

Tú viste la facción como insumisa,
su marcha y rumbo hacia los Andes traza,
y al fin se rinde a tí, de amor en guisa,
para llamarte la *Hija de la raza*.

La llama está ante mí; me inunda el gozo
ante la gleba, y me descubro viéndola;
el río hace a mis pies tranquilo pozo
y silba en el bosque la oropéndola.

Pájaro de las selvas de Castilla

del álveo amador, esquivo al monte:
oyendo tu canción en esta orilla,
creo escuchar el trino del sinsonte.

Lo mismo que al mirar, funesto al moro,
el haz de la llanura castellana,
esbozo la visión que amo y añoro,
de la arenosa, tropical sabana.

Cúidame, América, tierra progresiva,
al moderno español aventurero,
que es en tu seno amante, con fe viva,
huésped y poblador, padre y obrero.

Y cúidame tú, Cuba, al castellano
que tu progreso de impulsar no cesa
y te ama como yo, porque es mi hermano,
es como yo, de tierra burgalesa.

Olite-Navarra-VI-1914.





LA LENGUA CASTELLANA

Yo que busco en tus frases la armonía,
el dulce verso rítmico y sonoro;
al verte, hoy, profanada, lengua mía,
casi de tí me afrento y casi lloro.

¿Qué fué tu majestad noble y sagrada,
tu fuerza y tu vigor jamás extinto?
Solo, entre todas, te juzgó apropiada
para hablar en el cielo, Carlos Quinto.

Ay! ¿Qué se hicieron, de belleza suma,
los sonoros incisos de tu prosa
que desató, del místico la pluma,
como raudal de fuente caudalosa?

Fuiste la lengua resonante y bella
del rico, del galán, del caballero,
durante el tiempo de la edad aquella
en que el mundo, al valor le llamó ibero.

Tu fuego vibra en las escritas Leyes,
cortés, severa, grave y diplomática,
resonaste, en las cortes de los Reyes,
y en el teatro, retadora, enfática.

Con argumentos de la escuela lógicos,
por la grandeza del misterio, cautos,
¡cuán bellos son los versos teológicos,
con que tejiera Calderón sus *Autos!*

Hoy lengua mía, lengua castellana,
lengua en que cifro yo glorias y amores,
sin piedad y sin tino, te profana
una turba de necios escritores.

A la vieja, vibrante poesía
la nueva sustituye, enclenque, erótica,

que enaltece la odiosa rebeldía
con frase extraña, antiespañola, exótica.

Digno de ella, en el pueblo y la campaña,
vese un pueblo ignorante y pervertido,
que blasfema de Dios y no ama a España
y al que, del mal el vino ha enloquecido.

Ay! Ese pueblo morirá de anemia;
que no brotan de él santos ni sabios,
y el hábito infernal de la blasfemia
le quema las entrañas y los labios.

Si te dignas, Señor oír mi ruego,
permite que rendido, te suplique,
nos mandes, de tu amor un santo fuego
que mi Patria y mi lengua purifique.





Contra la vanidad de los títulos

SONETO

Conde, duque o marqués o lo que seas;
Juan Rico o Rico Juan por otro nombre;
su altísima excelencia no se asombre
porque tratarte como a un igual me veas.

Armo un tinglado tal con las ideas
y títulos de honor, que de un pobre hombre,
tal vez de flores el camino alfombre,
tal vez hable a un señor con frases feas.

Y es acaso debido este tinglado,
más que a haber yo vivido en las Batuecas,
como algún suspicaz ha maliciado,
a estar este país de chollas huecas,
por miserables Juanes habitado
que llamarse no quieren Juan a secas.





EL MUNICIPIO CASTELLANO

Hijo glorioso del *común* romano,
legendaria Castilla comunera,
brotó el gran municipio castellano,
cuando tú eras blasón de España entera.

Y fuiste grande y fuiste prepotente,
y el mundo te admiró, en el tiempo viejo,
porque aprendía tu sesuda gente
la ciencia de mandar, en el concejo.

La opinión del *Común* era el principio
que informaba pragmáticas y leyes;
más de una vez, osado el municipio,
en las Cortes habló, frente a los Reyes.

Y unidos sus *comunales*, con enorme
indignación se alzó toda Castilla,
en la protesta unánime y conforme
que, en Villalar, sostuvo el gran Padilla.

Con la prisión del noble caballero
que puso fin al popular litigio,
el municipio histórico, altanero
vió decaer su gloria y su prestigio.

Y ¿quién, en el actual, conocería
la imagen sólo, de su noble hermano?
¿Algo hay que nos recuerde en el del día,
al viejo municipio castellano?

A toda hermosa realidad, extraño,
de insana mente, creación raquílica,
funciona y vive sólo del amaño,
sintiendo siempre, la obsesión política.

Cogiéndolas del fango, a las sesiones
la calumnia transporta y la rencilla.

¡Así olvida este pueblo sus blasones!

¡Así, sin gloria, morirá Castilla!

Ay! Ya no se halla en la extensión del suelo
que salpican los pueblos castellanos,
ni patriotismo, ni honradez, ni celo,
ni ciencia, ni virtud, ni ciudadanos.

¡Sólo la necia vanidad fermenta!
solo, doquier, impera el egoísmo,
y el ruin cacique, con su mando, afrenta
a esclavos, sin virtud y sin civismo.

Ay! ¿Quién podrá salvar, oh patria amada,
a tu raza, del mal en que se abisma?

No la podrá salvar nadie ni nada.

O morirá, o la salvarás tú misma.





LA CATEDRAL DE BURGOS

Dedicada a la Colonia burgalesa de la Habana, en su fiesta
de 24 de Noviembre de 1912.

Miré Pasmado ante grandeza tanta
le aclamé de los pueblos maravilla
y admiré el esplendor de la fe santa
que iluminó las glorias de Castilla.

Miré; y el pueblo aquel de tez morena
de robustez y contextura sana,
apareció ante mí, con su alma llena
de gravedad austera y castellana.

Y es, que grabó en los muros de aquel templo
que el mundo entero, de admirar no cesa,
la austera solidez de que fué ejemplo
la antigua noble gente burgalesa.

Gente artista, vidente y pensadora,
pueblo del arte y de la guerra amigo;
que por algo fué Burgos triunfadora,
la cuna del Aquiles D. Rodrigo.

Y por algo elevó dentro, en la tierra,
la catedral gloriosa y esplendente
cuajada de trofeos, que en la guerra
ganó al musulín la burgalesa gente.

Su catedral! Del santo cristianismo
que es de Burgos la fe, gran maravilla:
trono que Burgos, le brindó a Dios mismo
para que fuese un cielo mi Castilla.

Trofeo hermoso, a nuestra fe erigido,

sueño gentil de artista soberano,
 en durísimas piedras esculpido,
 para gloria del pueblo castellano.

¡Qué es ver sus fuertes y macizos muros
 y sus torres mirar, filigranadas!

¡Qué es sus bellezas contemplar, seguros,
 de bruces en las altas balaustradas!

Qué es ver y contemplar! Desde allí encima
 se ven portentos de belleza extrema,
 y el poema de piedra allí se anima
 y es un viviente, sin igual poema!

En los negros, macizos murallones,
 campean, hechos por divinas manos
 entre graves heraldos, los blasones
 de los antiguos nobles castellanos.

Como grupo de arbustos caprichoso,
 sobre el galano frontis delantero,
 con graciosa esbeltez descuella, airoso,
 el haz de torrecillas del Crucero.

Al lado de los santos penitentes
 se yerguen en sus duros pedestales,
 santos y caballeros que, valientes,
 guardando están los altos ventanales.

Y luego el interior ¡Ay! quien podría
 esbozar nada más, belleza tanta,
 cuya vista a la humana fantasía,
 más que sorprende, petrifica, espanta.

¿Cómo copiar el colmo de belleza
 que pasmados allí miran los ojos
 y del arte decir, no la riqueza,
 sino el derroche, el lujo, los antojos?

Templo glorioso de la patria mía;
 el mundo admirará siglos y siglos
 tus muros que cuajó la fantasía,
 de guerreros, de santos y vestiglos.

Y cuando el mundo estalle y del planeta
 descendan a mirar la inmensa ruina
 los ángeles, a tí toda completa,
 te subirán a la Salén divina.

Que Dios que es sabio y amador del arte

a tí, perenne honor de nuestro suelo,
ha de mandar del caos preservarte,
para que adornes la ciudad del cielo.

Oid mi voz, fervientes castellanos
que en el jardín florido de esa Antilla,
vivís pensando en Burgos y en Castilla
y su nombre adoráis, oidme, hermanos.

En mi pobre cantar sincero y rudo,
desde la patria que mi mente inspira,
con más amor que nunca, os saludo
y asisto, con mis versos, a esa jira.

Que he hallado, en las tierras españolas,
ajadas ya las flores otoñales,
nuestros llanos sin fuego de amapolas
y las almas sin fuego de ideales.

Mandadnos de ahí, valientes castellanos,
del inextinto ardor que os anima
un soplo que recorra nuestros llanos
que invada nuestro ser y nos redima.

Y acaba mi cantar con cuya firma
puesta a la luz de nuestro templo excelso,
la ley que siempre os tuvo, os reafirma
vuestro paisano y servidor FRAY CELSO.

Burgos, Noviembre 4 de 1912.



EL GUERRILLERO "MORENA"

(En pleitesia de cariño y amor, a los olvidados héroes populares de la guerra de la Independencia.)





EL GUERRILLERO MORENA

Leyenda de las montañas de Burgos

PROEMIO

Ya no queda de esos héroes
más que un pálido recuerdo
guardado, como en depósito
en la tradición del pueblo.
Ya no quedan en España,
ni señales de aquel tiempo.
Han muerto ya los ancianos
que las hazañas oyeron
de labios de los valientes
que, sentados funto al fuego
contaban, como hubo un día
en que se alzó nuestro pueblo
en armas, como un solo hombre,
para contestar al reto
que le lanzara orgulloso,
al frente de sus ejércitos.
Napoleón que, en cien combates,
venció monarcas y pueblos.
Contaban en sus hogares
aquellos honrados viejos,
como, de Europa, rendidos
después de ver el guerrero,

a sus pies, pueblos y reyes,
al invadir nuestro suelo,
sintió eclipsarse su estrella,
sintió anularse su esfuerzo,
y vió como aquí quedaban,
ante los bríos del pueblo,
sus planes desbaratados;
anulados sus ejércitos,
y no le ofrecía España
en la extensión de su suelo,
sino tierra en que cavar
tumbas para sus guerreros,
y rencor de muerte y guerra,
pero guerra a sangre y fuego.
Ya no hay de aquellos valientes;
no los cría ya este pueblo
decadente y corrompido
afrancesado y anémico,
con poca sangre en las venas,
con poco ardor en el pecho,
con fe extinguida en el alma,
y ante los extraños miedo.
Ya no hay de aquellos valientes
que honor a su patria dieron.
Cayeron, como han caído,
para no alzarse del suelo,
los muros de las iglesias,
las tapias de los conventos,
la cruz vieja y solitaria
que se alzaba junto al pueblo,
y la ermita del Patrono
a cuyos pies, como buenos,
oraron aquellos héroes
para el combate dispuestos.
Como han caído las cruces,
como han caído los templos
como han caído una a una
las piedras de los conventos
de nuestra España las glorias
han ido también cayendo,

y aunque hoy a sus hijos honra
que por su honor sucumbieron,
todavía ante el extraño,
siente frío, siente miedo,
no ofenda el patrio homenaje,
aunque sencillo y modesto,
a los hijos de esa tierra
cuyos antiguos guerreros
fueron un día, de España,
lanzados a sangre y fuego.





I

EL DOS DE MAYO

¡Vaya si el pueblo en la lid
desplegó fuerza y ardid
y combatió sin desmayo!
Fué mucho pueblo, Madrid
combatiendo, el dos de mayo.

Con coraje verdadero,
se echó a la calle ese día
a luchar Madrid entero,
porque era el deber primero
cuando la Patria moría.

Abandonados quedaron
los ordinarios quehaceres,
pasatiempos y placeres
y a combatir se aprestaron
hasta viejos y mujeres.

No hubo en la gloriosa villa,
ni en estrado ni en buhardilla,
viendo a la Patria morir
quien no creyera mancilla
estarse sin combatir.

Más de un héroe callejero,
oyendo el motín que estalla,
echóse a la espalda fiero,
su trabuco naranjero
bien cargado de metralla.

Y a la lucha apercebido,
como valiente español,

con los demás confundido,
marchó a morir decidido,
hacia la Puerta del Sol.

Todos, grandes y pequeños,
lucharon los madrileños,
sin que caer les importe,
antes muriendo risueños
por la gloria de su corte.

Luchaban con gran porfía,
a fusil, los más bizarros,
a hierro, el que más no había;
muchos, de la artillería
moviendo a brazo los carros.

Y entre plebe y artilleros,
aunque en lucha desigual,
foguearon harto a los fieros
y famosos granaderos
hasta entonces sin rival.

Circuló rápidamente,
fama de hecho tan valiente
por los ámbitos de España
que aplaudió mucho la hazaña
de la madrileña gente.

Y con noble emulación,
los pueblos de valor llenos
alzáronse como buenos
en una y otra región
y nadie quiso ser menos.

Y en Aragón sobre todo,
se mostró su altiva gente
tan hazañosa y valiente
y combatió de tal modo
que no hay lengua que lo cuente.

Y hubo en Zaragoza escenas
de valor épico llenas
que en muchos siglos atrás,
acabara pueblo apenas
o el de Aragón, cuando más.

Para mal de los franceses,
al saberse estos reveses,

en Cataluña también
se alzaron los montañeses
contra ellos en somatén.

Y murió gente no poca
de los francos veteranos
del Bruch entre roca y roca,
a los trabucos paisanos
cargados hasta la boca.

En fin, que en aquella guerra
Cataluña dió que hablar
y en Gerona y en la sierra
luchó aquella noble tierra
como ella sabe luchar.

Con lo que España probado
dejó al César extranjero,
que es empeño fracasado,
entrar de tropa escoltado
por el territorio ibero.

Y al reprimir su arrogancia,
desde Cádiz a Bilbao,
probó el pueblo en su constancia,
que nunca aquí los de Francia
cortarán el bacalao.

Porque es la gente de España
gente a todo yugo extraña,
que amo no sufre jamás,
a quien cautiva la hazaña
y el dolo irrita no más.

Y ni amenazas ni mimos
harán que echemos al cabo,
en olvido que aquí fuimos
gente que ni un mal esclavo
a la antigua Roma dimos.





II

El juramento de Langeland

A qué gentes, de qué tierras
que alumbra el sol o el mar baña,
no asombró el valor de España,
luchando con Napoleón?
Y quien no se hizo de cruces
en los países de Europa,
viendo su bizarra tropa
vencida en nuestra nación?

Metió en España sus huestes,
con un fraude artificioso
y así se perdió el coloso
y su plan fracasó así,
pués, cargándoles el pueblo
la perfidia a sus soldados,
por el pueblo acuchillados
murieron muchos aquí.

El rumor de lo de España
llegó del Norte a las tierras
donde, ayudando en sus guerras
al ejército imperial,
hallábase, como amiga,
una división hispana,
al marqués de la Romana
teniendo por general.

Enteráronse los nuestros
de lo que en casa ocurría
y decidieron un día,

desertar o sucumbir,
y arrodillada la tropa
en torno de su bandera.
la división juró enterá
para la Patria venir.

Entróse en tratos, para ello
con los marinos ingleses
que hostiles a los franceses,
andaban ojeando el mar,
y embarcados en sus buques,
pudieron los españoles,
dentro de bien pocos soles,
tierra en España tomar,

Apenas desembarcaron,
viniéronse tierra adentro,
deseando ya un encuentro
con tropas de Napoleón,
pues en él se prometían
demostrar los veteranos
lo que son los castellanos
luchando por su nación.

Juraban que el conducirlos
a guerrear, a tierra extraña,
para desarmar a España
de Napoleón fué un ardid,
y que resueltos venían
de las regiones aquellas,
a echar a Pepe Botellas
a empellones de Madrid.

Pero una cosa es decirlo
y el vencer es otra cosa
y aquella hueste gloriosa,
cuando en los campos chocó
de España, según su anhelo,
de Napoleón con la gente,
peleó valientemente,
más derrotada quedó.

Porque a gente bien mandada
vencer, no es cosa de risa,
y para hacerlo precisa

tener un buen general
y, aunque era noble y bizarra
la gente que le obedece,
el jefe español parece
que lo hizo bastante mal.

Lo cierto es que, del caudillo
por mala suerte o torpeza,
las manos en la cabeza
la pobre gente quedó.
Hubo numerosos muertos
y prisioneros bastantes,
y el jefe con los restantes
a uña de caballo huyó.

Honor a los que cayeron
entre el humo y la metralla,
en el campo de batalla,
con honroso sucumbir.
¡Gloria eterna a su memoria
y vamos con los guerreros
que quedaron prisioneros
por no tocarles morir.

A los cuales condujeron
los vencedores franceses,
como manada de reses
indigna de compasión
por los pueblos y ciudades
que los suyos ocupaban
donde a los de España daban
las iglesias por prisión.

En una de ellas sumidos
por mucho tiempo estuvieron
hasta que al fin decidieron
en cierta noche escapar,
y a hurtadillas, entendiéndose,
del pueblo con los paisanos,
pudieron los veteranos
trazar a su intento dar.

Del templo forzar las puertas
fué preciso y las forzaron,
la vigilancia burlaron

del centinela francés
y se salieron, el nombre,
repitiéndose de España,
desde el pueblo a la campaña
con gentil compás de pies.

El hambre, las vejaciones,
más las burlas infinitas
que no son para descritas
y que hubieron de sufrir
de sus crueles vencedores,
movióles un juramento
a hacer de común intento,
para después de partir.

Juraron llenos de saña
nuestros buenos veteranos
que al que cayese en sus manos
de aquella ralea cruel,
de haberlos atormentado
inermes, la hazaña impía,
cada uno pagar le haría
con pedazos de su piel.

Juráronlo y lo cumplieron,
bajo distinto caudillo
saliendo, guerra a cuchillo
todos al francés a dar
y si los vencieron antes
de Napoleón los guerreros,
nunca siendo guerrilleros,
los pudieron derrotar.





III

BUSCANDO PENDENCIA

Cuentan que los que así huyeron,
por apartados lugares,
a los paternos hogares
llegaron, como pudieron.

Llegaron los fugitivos
hambrientos, desanimados,
los semblantes demacrados,
en fin, más muertos que vivos,

Y en su casa cada cual,
cuando la noche llegó,
a toda su casa dió
una sorpresa mortal.

Porque allí se les juzgaba
unidos aun a la tropa
que allá en el norte de Europa,
por Napoleón peleaba.

Y sus padres resignados
solo esperaban oír
que allí les cupo morir
en un camposanto helados.

En el pelotón huido,
se hallaba un bravo muchacho
hijo de cierto pueblacho
en mis montañas metido.

Aunque un rayo de la guerra
ser allá en Suecia mostró,

infinito le alegró
pisar otra vez su tierra.

Mozo era cabal en todo,
formal y, de pasta buena
y llamábanle *Morena*
sus paisanos por apodo.

Llegó, caminando a pié
de su padre a la morada
que era una granja apartada
y bastante rica a fe.

En el gozo del retorno
pegó en el viejo portón,
un buen golpe de aldabón
que retumbó en el contorno.

Con solo oírle sonar,
su padre arriba:— De fijo,
exclamó, que ese es mi hijo;
le conozco en el llamar.

Alborotose la casa
y cuando pasó la puerta
Morena, para él abierta
fué la alegría sin tasa.

Pues, conociéndole todos
su venida celebraron,
y todos le saludaron
de mil afectuosos modos.

Con una abundante cena,
se propuso celebrar
al patrio y nativo hogar,
el retorno de *Morena*.

Este alabó el pensamiento,
porque venía además
que roto y cansado más,
desvanecido y hambriento.

Y su familia esa noche
y otras más, entre la cena,
tuvo que oír a *Morena*
que un verdadero derroche
de conversación hacía,
contando de las campañas

del Norte, muchas hazañas
 en que él siempre se metía.

El, *Morena*, había hablado
 con el mismo Napoleón
 y de guerra, en una acción,
 hasta le había salvado.

Y dió consejos a Ney
 que no en táctica zote
 y halló en Suecia a Bernadotte
 que luego de allí fué rey.

Y de un modo u otro modo,
 su interesante persona
 de cuyo valer blasona,
 siempre se encontraba en todo.

Escuchábanle embobadas
 en las frecuentes reuniones,
 las gentes, sus narraciones
 de mentiras atestadas.

Y la gente honrada y buena
 de toda aquella región,
 ver creyó otro Napoleón
 en el bueno de *Morena*.

Porque entonces ocurría
 lo que vemos ocurrir,
 con los mozos que a servir
 van a la Patria, en el día.

Que a sus casas al volver
 cuentan cosas que no vieron
 y hechos que pudieron ser,
 pero que no sucedieron.

Con viso y fama tan buena,
 considerado sin tasa,
 seguía en su patria y casa,
 hecho un héroe *Morena*.

Hasta que a un pueblo cercano
 do un retén francés había,
 se dió a ir, día tras día,
 el travieso veterano.

Todo con el sano intento
 de hallar modo de reñir

con los de Francia y lucir
en la riña su ardimiento.

Lo que vino al fin. Un día
en que en el juego de barra,
andaban de pecho y garra
mostrando la valentía,
juntos franceses e hispanos,
por yo no sé que percance
que hubo del juego en un lance,
vinieron casi a las manos.

Medió a este punto imprudente
Morena con brío tal,
que abofeteó a un oficial
con gran terror de la gente.

Requirieron de ello en pos,
los de Francia, más que al paso,
el arma, y no hubo un mal caso
por un milagro de Dios.

Con ciertas frases corteses
de algunos buenos paisanos,
aquietáronles las manos
a los airados franceses.

Mas juraron con gran saña,
que con una lección buena
les pagaría *Morena*
su desvergonzada hazaña.

Este, que escurrido había
en la confusión el bulto
dentro de una casa oculto
entonces se mantenía.

Hasta que al llegar la obscura
noche, a la granja escapó
donde jadeante llegó
del monte por la fragura.

Y ya en su casa, sin tomar
alimento, ni dar tregua
a su impaciencia, una yegua
hizo al momento ensillar.

Cogió el trabuco, lo armó
y en la yegua caballero,

del día el albor primero
lejos de casa le halló.

Y cuando al amanecer
los franceses a buscarlo
fueron, para fusilarlo,
no lo pudieron prender.





IV

LA GUERRILLA EN FUNCIONES

Bien del héroe se adivina
que al hacerse guerrillero,
fué el pensamiento primero,
pegarles contra una esquina.

En lucha buena y leal,
a los prójimos aquellos
que, estando en prisiones ellos,
los atendieron tan mal.

Pues solo por darles guerra
y guerra desesperada,
aquella noche cerrada
se echó *Morena* a la sierra.

Para inquietar a la villa
donde al francés ofendió,
pronto el héroe reunió
una copiosa guerrilla.

Formaban los compañeros
en ella que derrotados
del francés, cuando soldados,
se daban a guerrilleros.

Y en toda aquella región,
sita en país castellano,
fué muy pronto soberano
de *Morena* el pelotón.

Bien es verdad que atendido
era del pueblo al revés

del ejército francés
por todos aborrecido.

En éstas, llegó una tarde
en que pensó el cabecilla
que debía su guerrilla
hacer de vida un alarde.

Para ello al pueblo llegóse
y por medio de un espía
de los muchos que tenía,
con gran contento enteróse

de que, por cierto camino
que de aquel pueblo arrancaba,
el retén francés marchaba
en un día ya vecino.

Con la noticia *Morena*
grandemente se alegró
y a los franceses pensó
dar una emboscada buena.

Señaló a todos los puestos
mejores para la empresa
y esperaron a la presa
con los trabucos dispuestos.

Amaneció al fin, el día
en que del pueblo por bien
partir debía el retén
de franceses que allí había.

Salieron éstos ufanos,
bien ajenos de pensar
que iban muchos a quedar
en los recodos cercanos.

Adonde, con gran descuido,
así que llegaron, luego,
se abrió un mortífero fuego
que al retén dejó aturdido.

En gran número contó
el extranjero sus bajas
que aumentaron las navajas,
cuando el trabuco cesó.

Y de la hazaña por fin,
a la gente de *Morena*,

ganancia quedó muy buena
del apresado botín.

También libró a maravilla,
en otro caso bien fuerte
en que peligró de muerte
el bizarro cabecilla.

Pues entrando un día a solas,
en no sé qué población
que él creía posesión
de las armas españolas,
por un francés perseguido
que contra él se lanzó fiero,
vióse a punto el guerrillero
de ser muerto o mal herido.

Con tal ímpetu y violencia
tiró de sable un revés
contra el de España el francés
que por poco la existencia
de *Morena* allí caduca,
si al francés volviendo el brazo,
no hincó él un bayonetazo
que le taladró la nuca.

Con estas y otras hazañas,
quedó *Morena* en su tierra
como el héroe de la sierra
y el rey de aquellas montañas.

Y allí de gana sufrían,
por ser sus admiradores,
aun los desmanes mayores
que sus gentes cometían.

Pues, por tradición que aun dura,
sabe la gente sencilla,
que no hubo ante su guerrilla,
despensa ni arca segura.





CONCLUSIÓN

Así vivió el gran *Morena*
mientras la guerra duró
y hay quien dice que alcanzó
una vejez larga y buena.

Otros dicen que no tal
y que escrito y todo se halla,
que al fin, murió en la batalla
del alto de San Marcial.

Yo que meterme no quiero
en estos lances de historia,
para coronar la gloria
del insigne guerrillero,
opto por creer que en pos
de lo que de él he contado,
murió de todos honrado
en la santa paz de Dios.



DE OTRO CLIMA



EL NUEVO MUNDO

Menciónase claramente,
en los libros de Platón,
un antiguo continente,
puesto donde hoy, de Occidente
los mares inquietos son.

La leyenda fabulosa
dice, con franqueza brava,
que hundieron su tierra hermosa,
a una, la mar tempestuosa
y de un semidios la clava.

Así, en momentos contados,
vieron acabar sus vidas
gente y campiñas floridas,
a los golpes redoblados
de estas dos fuerzas unidas.

Y aquella Atlántida, aquella
patria de invencible gente,
se hundió en el mar de repente
y un día no halló su huella
el sol tornando a Occidente.

Fueron por la mar sorbidos,
sus bellos huertos floridos
de encantos y luz tesoro,
sus Atlántes aguerridos
y de Hepérides su coro.

Y al tragarla el oleaje;
ya no hizo humano lenguaje
de la Atlántida mención,
solo habló de ella el pasaje
de los libros de Platón.

Y hoy, quizá, hallan, de los ritos
de su religión, grotescos,
un rastro, los eruditos
en dólmenes y trilitos
y en los menhirs gigantescos.

Bajó una raza al profundo
devorada por las olas
y vió en su tumba, a sus solas,
en busca de un nuevo mundo
pasar naves españolas.

Las vió dejar los confines
de España y sus playas bellas,
y, cubiertos de jazmines,
de América los jardines,
vió desplegarse ante ellas.

Y así el mundo aquel pagano
fué puente para pasar
al occidente lejano
que había de ser cristiano,
de la vida al despertar.

Pues, del alto Dios por traza,
y para honor del ibero,
marchó allá, al par que el guerrero,
la redención de la raza
en la cruz del misionero.

Joven América hermosa,
de cielo lleno de luz;
orlada de fresca rosa,
levanta tu frente hermosa
redimida por la cruz.

América placentera,
yo, por tu suelo galano,
veo huellas donde quiera
de la legión misionera
que hizo a tu pueblo cristiano.

De Jesús, ella a tu gente
llevó el código divino,
en las naves del vidente
que fué a hallar por Occidente
para las Indias, camino.

Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halla Colón
que, apenas pisa tu orilla
da a los aires el pendón
de León y de Castilla.

Más si te manda guerreros
mi suelo central hispano,
sabe que del mismo llano
son hijos los misioneros
que llaman al indio hermano.

Olite (España) 1913.





CUBA

Aquí estoy, en la montaña:
junto a un jardín que aquí medra,
sentado sobre una piedra,
dando vista a la campaña:
la luz torrencial la baña
que derrama sobre el suelo,
abrasándole sin duelo
el sol, en medio parado
de ese azul immaculado
que es la mampara del cielo.

Todo es fulgor y armonía
en esta tierra cubana;
su vegetación lozana
se ve crecer cada día,
no hiere la escarcha fría
con su furor invernizo
su floresta que es hechizo,
y así es siempre Cuba bella,
porque Dios, pensando en ella,
de una sonrisa la hizo.

Mágico pensil galano
oreado por fresca brisa,
nacido de una sonrisa
del mismo Dios soberano;
cuando ruge el mar cercano
y sopla el viento inclemente,
Cuba respira indolente,
porque no teme su encono,
pues Dios sujeta su trono
con su mano omnipotente.

Y así aunque se hinchen sus mares,
y aunque su cimiento cruja
y el ciclón airado ruja,
arrasando platanares,
abatiendo sus hogares
y ajando sus campos bellos
Cuba que se ufana de ellos,
sabe que, si mueren flores,
otras le darán mejores,
de su almo sol los destellos.

Rica, opulenta sultana
nacida para reinar,
mariposa sobre el mar,
hada de progenie hispana;
tu faz es regia y galana,
tus bellezas son completas,
tus hijos nacen poetas
y su mente vivaracha
nos ofrece en la guaracha
bellezas cubanas, netas.

Allá en la noche serena,
de su hogar en el retiro,
canta, ufanoso, el guajiro
copla de dulzuras llena,
copla amorosa que suena
a canto de Andalucía
que habla de melancolía
y en cuyos trinos de amores,
hay algo de los rumores
de la mar honda y bravía.

Que aquí, con furor se siente,
y, entre hieles de martirio,
se obra y piensa con delirio
y con furor vehemente:
hay, del trópico en la gente
un pensar que es todo fuego
que une la amenaza al ruego,
carácter de gran belleza
mezcla de ira y terneza
que en pasión se truecan luego.

Hermosa tierra cubana
la de sentidos cantares,
la de espesos platanares
la de hermosura galana;
en tu copla soberana
con rasgos de petenera,
en tu gentil habanera,
del mar en la puesta orilla,
ve la gente de Castilla
retratada tu alma entera.

Yo te doy mis pobres cantos
en que celebro, hada hermosa,
tu belleza esplendorosa,
tus nobles afectos santos;
ojalá que sin quebrantos
que origine impía saña,
contemples hija de España,
de un bello vivir la luz
o la sombra de la cruz
que orna esta hermosa montaña.

Guanabacoa, XII, 1911.





EL JARDIN DEL TRÓPICO

Veo un *ingenio* cercano;
una población contigua,
potreros a esta otra mano;
es bello el agro cubano
con su frondosa manigua.

Entre el espeso follaje
predios de caña resaltan
que el monte y el llano esmaltan,
y aves de raro plumaje
entre los árboles saltan.

Altas, flexibles, ligeras,
sin orden, diseminadas,
se levantan las palmeras
con sus blondas cabelleras
al aire desmelenadas.

Tal vez ~~man~~ando a la orilla
de los angostos caminos,
murmura una fuentecilla,
junto a una choza sencilla
que habitan los campesinos.

Y da a su linfa serena
ancho tazón de esmeralda
la verde llanura amena,
donde crece la azucena
que la adorna y enguirnalda.

Eres, país deleitoso,
de las Hespérides huerto,
donde se mece, frondoso
el naranjo fabuloso
de frutos de oro cubierto.

Cuba hermosa y placentera;
región alguna del mundo
en belleza te supera,
rico país sin segundo,
de la elegante palmera.

Y para ser ya dichosa
del todo, en tu frente airosa
ostentas la cruz de Cristo,
*¡oh tierra la más hermosa
que ojos humanos han visto!*

Guanabacoa, VII, 191●





HUELLAS ENTRE FLORES

Tienes espléndido cielo,
tienes verdor inmarchito
tierra dichosa que habito,
cubano hermoso jardín;
nunca el otoño desnuda
tus florestas deliciosas,
y siempre frescas las rosas
muestran el mismo carmín.

Si no trinan en tus bosques
los amantes ruiseñores,
ocultos entre las flores
junto al caliente nidal;
el mar que toda te ciñe
y a quien tu gracia enamora
te canta, al nacer la aurora,
bella ondina tropical.

Te canta, cuando amanece
cuando el sol fúlgido y bello
en tu cenit resplandece
con infinito fulgor;
te canta, cuando camina
a marcar franja de grana,
en la banda ponentina
de tu cielo brillador.

Te canta siempre, alma ninfa,
sobre azahares reclinada
en tu hamaca columpiada
por brisas llenas de olor,
por las brisas que descienden
del fresco vecino monte

donde gorjea el sinsonte
tu solo alado cantor.

Cuba! yo veo en las sendas
que atraviesan tus maniguas,
profundas huellas antiguas
que yo he venido a seguir;
son las huellas bendecidas
que dejaron mis hermanos
los fervientes franciscanos
que aquí miraste morir.

Ellos del error nefando
te hicieron ver el abismo,
y del santo cristianismo,
te bañaron en la luz,
como ellos yo por tí luche,
y cuando a la fin sucumba,
dáme en tu suelo una tumba,
que adorne sencilla cruz.

Guanabacoa, VI, 1910.



EL AVENTURERO

(POEMA)



EL AVENTURERO (1)

I

¡Qué noches tan profundas y tan bellas
cómo a sentir las se concentra el alma,
y cómo llama a meditar, en ellas,
hasta el misterio de su propia calma.

¿Qué ángeles bajan, en sus horas quietas,
de los espacios puros y divinos,
las mentes a inflamar de los poetas
y a cincelar sus versos peregrinos?

Donde están las visiones venturosas,
de nieve y oro y rosicler bañadas,
hechas de esencia y de carmín de rosas
y en alcázares moros alojadas?

La vista hermosa del Edén risueño
de flores galanísimas sembrado,
para las horas dulces del ensueño
la dorada ilusión la ha reservado.

(1) Si son por cierto, innumerables los buenos españoles que mediante un trabajo honroso, han engrandecido en la emigración, el nombre de la patria, no cabe duda que se ha dado también el ejemplar de los que, pasando a América sin otra excitación que los sueños de su desvariada fantasía, se han encontrado en su camino con todas las malaventuras que acaecieron al pobre Juan Español de estos versos. El autor que se honra con la amistad de dignos compatriotas los cuales se han labrado en las Indias regular fortuna, gracias al honrado trabajo, quiere únicamente fustigar en estas páginas, la manía de aquellos que, lanzándose locamente a la emigración, se ven forzados, después de pasar mil miserias, a dedicarse a profesiones en las que, a menudo va envuelta la ruina del cuerpo y el deshonor de la conciencia.

¡Noches de mar, las noches que yo evoco!
noche que impresionó mi fantasía,
aquella, en que borrarse poco a poco
miré las costas de la patria mía.

En la cubierta del vapor ingente,
de cara a la ciudad, charla el pasaje
hablando cada cual diversamente
de las fatigas del futuro viaje.

Desde las casas a la mar vecinas,
podrían verse en el vapor bizarro,
las luces de cubierta mortecinas,
y las pequeñas luces del cigarro.

Hay quien mira estas luces con tristeza,
y más que al brillo de las luces mira,
el amado perfil de una cabeza,
de un ser que afecto o compasión le inspira.

La agitada ciudad bulle a lo lejos,
siéntense de su vida los latidos,
y admiran y deslumbran los reflejos
de los potentes focos encendidos.

A bordo del vapor hay gran tristeza;
anda la gente absorta y embebida;
como que al cabo, a conocerse empieza,
lo que importa, lo que es la despedida.

Por fin hay que partir; con furia horrible,
tiembla el vapor que de poder se llena,
y exhala, con acento indefinible,
su gemebundo grito la sirena.

¡Momento de emoción! aquel instante
cuida sus ojos el pasaje entero,
y llora, cara al mar, el emigrante,
y alza en alto su cruz el misionero.

Y al bogar, como grito de alegría,
se oye surgir un canto que consuela,
invocando el auxilio de María,
blanca estrella del mar: *Maris stella*.

Y hay quien la frente con denuedo, alzada,
dice así con el vate de Inglaterra:
Buenas noches, y adiós! patria adorada;
Buenas noches, y adiós! mi noble tierra.

II

Navegando sin reposo,
navegando sin cesar,
va el trasatlántico airoso,
por la llanura del mar
que está encalmado y hermoso.

Va el navío devorando
milla a milla la distancia,
noche y día navegando,
las mansas olas quebrando
con impasible arrogancia.

Charla sin freno el pasaje,
entre el ruido del vapor
que va siguiendo su viaje,
y el ruido del oleaje
manso y acariciador.

Es una marcha tan leda,
todo invita a conservar
de lo que a bordo suceda,
y de la patria que queda
a la otro orilla del mar.

¡La patria! nombre adorado,
en él guarda el corazón
el hondo afecto cifrado,
que hemos todos consagrado
a un buen querido rincón.

Allí son dulces los días,
alegre y sano el vivir,
intensas las alegrías,
hondas las melancolías
y religioso el sentir.

Escenario de la historia
mi bella patria sin par,
legó en ella la victoria,
a cada campo una gloria
y un blasón a cada hogar.

Hay en sus ciudades bellas,
palacios y arcos triunfales,
de timbres pasados huellas,

y, lo que más precian ellas,
artísticas catedrales.

Allí escudos nobiliarios
ornan los viejos solares,
que son, como relicarios,
que guardan trofeos varios
de contiendas seculares.

¡Qué seductora parece
de lejos tanta belleza!
qué gallarda se me ofrece
la patria que me enaltece
con su imponente grandeza.

De su bien amada tierra,
y de su nativo sol
su *hambre de oro* le destierra
al antiguo *Juan sin Tierra*
al viejo *Juan Español*.

En la proa del navío
viaja, en humilde tercera,
el buen compatriota mío
con su alma aventurera
llena de ambición y brío.

En su noble rostro brilla
ese aire particular
que imprime el sol de Castilla,
que, al colorear la mejilla,
parece el alma caldear.

¿Qué busca, mar adelante
el hispano aventurero?
¿Qué busca el pobre emigrante,
mirando un mundo distante,
desde aquel vapor negrero?

¿Por qué, alejándose él,
de su patria cariñosa,
se embarcó en el buque aquel?
¿Por qué unió a su suerte cruel
a su hija y a su esposa?

No tenía campos bellos
en que coger, con decoro
el pan suyo y el pan de el los,

pan que los seres aquellos
mucho más precian que el oro?

¿Por qué con un pobre alijo,
la patria en dejar consiente?

¿Por qué con amor de hijo,
besó a su madre en la frente,
y, adiós por siempre, la dijo?

¿Por qué Juan, cavilador
entre sus brazos está?

¿Por qué no adora en su amor,
si es la madre lo mejor
que nuestra patria nos da?

Juan el Español disfruta
con su adorada ambición;
al correr tras su ilusión
vereis cual deja en su ruta
pedazos del corazón.

III*

Ya a Juan le darán las Indias
el oro que va buscando;
ahora lo están acuñando
para entregárselo a él.
Llegar, ver y ser dichoso,
con una suerte gallarda,
esto y nada más le aguarda
al aventurero aquél.

¡Cómo el afán nos cautiva
y la ambición nos engaña!
Con solo salir de España
se hace rico el español.
Lejos son los españoles
comerciantes y banqueros.
En la India, los iberos
cogen con la mano el sol.

¡Loca ambición insensata
cuyo brillo nos seduce
y al pobre español induce
a desertar de su hogar!

Loca ambición inconsciente,
 loca ambición engañosa,
 tan falsa y tan mentirosa
 como aquél pérfido mar.

Como el mar do Juan navega,
 antes manso y sosegado,
 ahora revuelto y airado,
 como indómito corcel;
 mar que hincha sus olas fieras,
 que el fuerte viento alborota
 y el negro vapor azota,
 como jugando con él.

La tempestad! Se ha trocado
 la calma en furia salvaje,
 sublevado el oleaje
 amaga al buque anegar,
 y acompañando al mareo
 que el humor alegre borra,
 sobreviene la modorra
 y el horrible malestar.

¿Por qué la suerte que a veces,
 de compasiva blasona,
 con la inocencia se encona
 hasta ensañarse, esta vez?
 ¿Por qué va a buscar su víctima,
 y a hundir su zarpa acera,
 como pantera irritada,
 en la inocente niñez?

Angel bueno de aquel viaje,
 Juan lleva una hermosa niña
 que es encanto del pasaje
 que le hace caricias mil,
 niña de cara algo pálida,
 que por la frente sombrea,
 la rubia mata que ondea
 sobre su espalda gentil.

La linda niña es un ángel,
 una hermosa criatura
 que bajando de la altura,
 en alas de un serafín,

puso a su beso, posándose
de su madre en las rodillas,
las transparentes mejillas
que pinta el rojo carmín.
Pobre niña delicada,
hecha al mimo y al aseo,
la ahoga el horrible mareo
y el ruido la ahoga del mar;
ella resiste al principio,
sin que su tesón se quiebre,
hasta que viene la fiebre
y entonces da en delirar.

Ay! Seis días y seis noches,
miraron los marineros
aquel grupo de viajeros
que hacía un cuadro de horror;
ambos padres, a la niña,
tambaleándose y mareados,
prodigaban sus cuidados
para aliviar su dolor.

Qué pasó allí? Cierta día,
de lona burda vestido,
llevó un marino curtido,
al salón un ataúd;
un sacerdote en la borda,
triste su vuelta esperaba,
y al mar sombría miraba,
con dulce y grave actitud.

Los que en cubierta se hallaban
pudieron ver colocados
en la caja, los helados
restos del ángel aquél
que todos acariciaban,
en días de más ventura,
flor que al lucir su hermosura
marchitó la helada cruel.

Pudieron ver, como muda,
la madre a la hija abrazada
besaba su cara helada
sin tintas ya de arrebol,

y como, triste y sin habla
 mustia la faz silenciosa,
 viendo llorar a su esposa,
 lloraba *Juan Español*.

Y nada más, porque entonces,
 de brazos del marinero,
 entre las olas del fiero
 mar, la caja se fué a hundir,
 y un poeta que viajaba,
 vió que se entreabría el cielo
 y mirando hacia este suelo,
 vió a los ángeles sonreír.

IV

Ya se ha puesto en la Historia, el sol de España;
 ya no alumbra ese sol al orbe entero;
 ya no planta sus tiendas de campaña,
 en ricos Nuevos Mundos el ibero.

Nadie, en el día, sus arrestos sabe,
 carcome el moho su guerrera cota,
 y no de extraño mar al aire suave,
 su hermoso pabellón tendido flota.

Hoy, aun en medio de sus luchas crueles,
 al haz de pueblos que formó reparte
 las glorias de su pluma y sus pinceles,
 el pan de la doctrina y el del arte.

¿No habrá quien cante lo que a mi me aterra?
 la poesía lúgubre que inspira,
 vagando por el mundo *Juan sin Tierra*
 sin Dios y sin hogar, hijo de ira?

Ahito de amarguras y dolores,
 por doquier despreciado e iracundo,
 vaga el hijo de cien conquistadores,
 cantando sus miserias por el mundo.

Noble misión, magnífico destino
 el que acompaña al vagabundo hispano,
 que deja llanto y sangre en el camino.
 con el aire triunfal de un soberano.

Así va el miserable *Juan sin Tierra*
el buen *Juan Español* de nuestro cuento,
con la humillante realidad en guerra
y de riquezas y esplendor sediento.

En repugnante y lóbrega chocilla
que es el compendio fiel de la pobreza,
aún arrulla al buen hijo de Castilla
la plácida ilusión de la riqueza.

¿Qué importa que, postrada y silenciosa,
en un extremo de la choza oscura,
el cáliz del dolor beba su esposa
presa de violenta calentura?

Él espera ser rico y ser dichoso
y es justo que lo actual se tome a risa:
la dicha gasta paso cauteloso,
mas, cuando da en andar, viene de prisa.

Ay! diez días después de aquella cuenta
de aquella cuenta de verdad galana,
con esas galanuras que alimenta
solo la rica fantasía hispana.

No bien cerrados aun los tristes ojos,
y envuelta en ruin mortaja y andrajosa
se llevaban dos hombres los despojos
de la que en vida fué su buena esposa.

Bien es que lllore el mísero emigrante,
con lágrimas de horror, la despedida
de la que fuera hasta el postrer instante,
la dulce compañera de su vida.

Ay! Ella pudo ver, de pie a su lado
al mirar recelosa e intranquila,
la triste imagen de su esposo amado
que alegraba su pecho y su pupila.

El, pobre, enfermo, sin esposa ni hija,
solo verá la sombra del destino
que encarada con él, le dá a que elija
la hiel que ha de apurar en su camino.

De la horrible miseria que le azota,
para sufrir el mal falto de calma,
acabará por la India su derrota,
hipotecando a Satanás el alma,

V

¿Quién, al hablar de Juan, mentó amarguras
 Juan volvió a su país, rico y dichoso
 y allí ríe y disfruta, a sus anchuras,
 nadando en bienandanzas y venturas,
 y aposentado en un *chalet* precioso,

El *chalet* del *indiano*

es florido en invierno y en verano,
 pues se alza de un gran parque allá en el centro,
 y es muy lindo por fuera,
 con su rica fachada
 primorosa y no sé si blasonada,
 que es una maravilla verdadera,
 y gran *confort* por dentro.

Ah! Olvidaba deciros una cosa:
 que su fortuna hermosa
 la hizo el antiguo Juan en pocos años,
 y que aunque habla de amaños
 y de sucios negocios
 la maliciosa gente,
 él se sabe reír muy guapamente
 y achaca esas hablillas
 a ganas de pasar así los ocios
 de la ignorante plebe maliciosa
 que, en vez de entretenerse en otra cosa,
 se entretiene en buscarle las cosquillas.

El ha aprendido mucho,
 viajando allá muy lejos de su tierra
 y, ante la infamia vil, como hombre ducho,
 en un mutismo de desdén se encierra.

Él, como buen *indiano*,
 no cree en el Decálogo cristiano,
 ni entra en un templo, su manía es esa,
 y llama mojigato al que confiesa:
 él su Ley tiene con preceptos dos,
 que son negar a Dios
 y a aquél a quien se tenga alguna inquina,
 romperle en una esquina
 en dos o tres pedazos el bautismo;

éste es su catecismo
y ésta su doctrina.

Ah! y si vive el buen Juan en abandono,
es porque el hombre procedió del mono,
según lo prueba un sabio de Inglaterra,
común creencia por la indiana tierra
en donde la doctrina darwiniana
entra tan hondo en la mollera hispana,
que ayuda a soportar muchos reveses,
y de ella el buen hispano prevalido,
cohonesta de Dios el tórpe olvido,
pensando que expresar hombres o reses,
una idea es lanzar en un sonido,
y eso ayuda a aumentar los intereses,
aunque proteste el alma a grito herido,
y ayuda a prevenir y a hacer *ingleses*.

Qué extraño que los buenos que allí había,
al *indiano* al oír, lo que decía,
creyesen que el bolonio
hipotecó su alma a algún demonio?

Conque, ¿qué tal, lectores,
el Juan de los antiguos sinsabores?

Vedle, rico en su aldea
con su *chalet* flamante
que en medio del gran parque gallardea;
vestido muy a la moda, muy elegante.

Cacique de su gente,
vegeta muy contento
difundiendo en lenguaje altisonante
del progreso el avance prepotente
con su afectado americano acento.

Pero sabed, señores,
que el fruto de elocuencia tan preciada,
fué entrar de sopetón una manada
de conscientes modregos pensadores
por las sendas famosas del progreso,
los que, enseguida de eso,
como una prueba de cultura externa,
ya que el *indiano* hablaba mal del cura,
creyendo que ir a misa era locura,

a frecuentar se dieron la taberna.

Razón por la que el cura, un pobre anciano,
viendo su grey huída,
y en peligro de verse corrompida,
a poder de enseñanzas tan dañosas;
alzando hacia el *chalet* del mal *indiano*
su consagrada mano
un día exclamó así:—Torpe manida
de ideas perniciosas
que perturbas la paz de nuestra aldea;
cenáculo de ideas sediciosas.

la maldición de Dios sobre ti sea.

Maldición que al saberla el mal *indiano*
ríola, conversando mano a mano,
dentro, en su club de impíos;
mas que te pido yo, Dios soberano
que la apartes, Señor, de mí y los míos.

Guanabacoa, Octubre, 1911.





LA PALMERA

Bello hechizo soberano
del paisaje tropical,
luce la palmera real
su hermoso verdor lozano;
bajo este cielo cubano,
siempre azul y luminoso
ella convida al reposo,
trazando un cerco de sombra
sobre la mullida alfombra
del césped verde y hermoso.

Cuando despunta la aurora,
alza su regia cabeza
con sin igual gentileza
la palmera encantadora,
cuya frente vencedora,
que el aire claro domina
ciñe, amante, la neblina
por ténue luz irisada,
como quien corona a una hada
de hermosura peregrina.

Hermosa tierra cubana,
dentro de tus eostas tienes
esplendorosos edenes
de belleza soberana;
tanta es tu pompa lozana
que, de los próximos mares,
vienen ninfas, a millares,
desdeñando la azul onda,
a dormir bajo la fronda
de tus espesos palmares

De una alborada a los rayos,
yo ví bogar sus esquifes,
sorteando los arrecifes
de tus numerosos cayos;
las vi correr, sin desmayos,
por tus costas encantadas,
contemplando, embelesadas,
tus islas que hechiza al verlas,
como riquísimas perlas
de tu collar desgranadas.

Cuba, pensil gigantesco
plantado en medio los mares,
tierra llena de palmeras,
retiro encantado y fresco,
bello jardín pintoresco
de primorosos detalles;
en tus montes y en tus valles
tus muchas y gayas flores,
para enviarnos sus olores
forman hermosos ventalles.

Tu opulencia llamativa,
tu belleza seductora,
tambien a mi me enamora;
tambien a mi me cautiva;
ninfa del mar fugitiva
que arrulla del mal la ola,
no estás en el mundo sola,
en pena o gozo profundo,
mientras aliente, en el mundo,
tan solo un alma española.

Porque,—dicho entre los dos,
no lo has de tener a mengua,—
hablas tu mi hispana lengua,
hecha para hablar con Dios:
quiero que vayas en pos
de destinos soberanos,
y que, de su estirpe ufanos,
a la luz de nuevos soles,
los cubanos y españoles
se tengan amor de hermanos.

Te saludo, tierra hermosa,
trozo de la patria mía,
en la clara nombradía
de tu belleza ostentosa,
te saludo en la vistosa
pompa que luces doquiera,
y en la encantada palmera,
sin cuyo perfil galano,
no hay en el campo cubano
perspectiva verdadera.

Cuánto alivia mis pesares,
si del césped en la alfombra,
descansar puedo a la sombra,
de tus espesos palmares,
si respiro, de tus mares,
las brisas puras y frescas
sí tus frutas principescas
saboreo con placer,
andando al atardecer
por tus fincas pintorescas.

Cuando yo de tí me ausente,
quedarán en mi retina
tu belleza peregrina,
tu cielo resplandeciente,
y allá, en lugar preeminente
se destacará altanera
la primorosa palmera,
cuyo lozano follaje
da belleza a tu paisaje
y encanta tu flora entera.

Y por si está decidido,
que muera yo en otro suelo,
como prenda de consuelo
de haberte a tí conocido,
como último honor rendido
a tu belleza sin par,
de tu edén me he de llevar
la flor más blanca y bonita,
para ornar la cruz bendita
con que me hayan de enterrar.



AL SINSONTE

¿Por qué no eliges, bello sinsonte,
en vez del triste, lejano monte,
mi patio hermoso, para anidar?

¿Por qué no vienes a mi morada?

¿Temes en ella, por tu pollada?

¿Temes que el cebo le va a faltar?

Aquí tendrías, para hacer nido,
un rosal bello muy florecido,
con su guirnalda de hierba al pié;
aquí emboscado tras de las rosas,
cazar podrías mil mariposas
con que a tus hijos entretener.

Mis bellos árboles son todos tuyos:
no, tú no sabes cuantos cocuyos
entre sus hojas suelen posar,
y como, haciendo círculos bellos,
de un árbol a otro transitan ellos
cual chispas de oro que en rueda van.

Embelesado con tu armonía,
mientras cantabas, yo te abriría
toda la llave del surtidor
y con el ruido de su cascada,
sería el ritmo de tu tonada
mucho más dulce, lindo cantor.

Ven, que aquí tienes claror de luna,
quietud completa, sin pena alguna,
y si te acosa la ardiente sed
cuando modulas tu cantilena,
lleno hasta el borde de agua serena,
tienes un tanque donde beber.

Yo al pie de un verde regio granado,
de flor y pomas todo cargado,
tu canto hermoso me iré a escuchar;

canta tu hermosa canción completa;
yo amo tus cantos, yo soy poeta,
yo tus primores puedo apreciar.

¡Ay! no desdeñes mi campaña;
sí que más grata tu voz sería,
en el ocaso del astro rey,
en las quietudes crepusculares,
y entre la fronda de los manglares,
de los manglares del Camagüey.

¡Con qué embeleso, cantor divino,
escucharía tu hermoso trino
filigranado sonar allí,
o entre las palmas encantadoras
que orlan esbeltas y triunfadoras
las dos orillas del Zumurí.

O de un bohío junto a la entrada,
al par oyendo de tu tonada
lo del guajiro trabajador
o en el frondoso vérgel criollo,
viéndote alzado sobre el pimpollo
que lleva al cielo la pita en flor.

Junto a mi patio verde y galano
se eleva un templo que es franciscano,
si aquí anidaras, pájaro, di,
dentro mi patio tan florecido,
temer podrías por tí y tu nido
si San Francisco vela por tí?

En noche clara suelta aquí el canto:
¡Ay! tu no sabes lo que mi Santo
tu estirpe amaba, bello cantor,
qué ¿no has oído cómo entonaba
las alabanzas del Dios que amaba,
coreando el trino del ruseñor?

Único alado cantor de Cuba,
que aquí al espacio tu trino suba
y resonando, llegue al Edén,
por si aquí vienes a hacer tu nido,
ya un rosal bello te he prevenido,
con mucha hierba que crece al pié.

Gualabacoa, VI, 1912



LA QUINTA

Aunque florecen a miles,
con belleza soberana,
hermosa tierra cubana,
tus edénicos pensiles,
yo, entre tus huertos gentiles,
con vistas al paraíso,
de su beldad con permiso,
prefiero la quinta hermosa
que orna la villa famosa
donde Dios ponerme quiso.

Quinta plantada entre lomas,
entapizada de flores,
y tan llena de colores
como impregnada de aromas;
pósanse aquí las palomas,
al descender de la altura,
y entre la espesa verdura
de los mangos florecidos,
se ponen a hacer sus nidos
de ingeniosa arquitectura.

Bella es la quinta lozana,
llena de follaje y flores,
que adorna con sus primores
mi hermosa villa cubana;
allá la ciudad lejana
envuelta entre humo aparece,
pero a mí esto me apetece,
con su florida beldad,
que es mi amor la soledad
que solo el campo me ofrece.

Aquí, como en la edad de oro,
se ostenta en ramos triunfales
de las frutas tropicales
todo el inmenso tesoro,
ricas frutas que decoro
son de los árboles bellos,
que hace madurar en ellos
este sol canicular
que abre mil flores al par
con sus potentes destellos.

De tanta fruta sabrosa,
picando en la copia brava,
traedme acá la guayaba
y la lima deleitosa,
más la granada jugosa
a cuyo costado pende
la flor que la grana enciende,
como unos labios besados
por cuyos bordes turbados
el rojo carmin se extiende.

Servidme tras la preciada
piña y el plátano rico,
en tanto que me abanico
la frente en sudor bañada,
del coco el agua endulzada
con que ahogaré mi sofoco,
sorbiéndola poco a poco,
en el esponjoso cazo,
que un certero machetazo
fabrique del mismo coco.

Y después que haya comido
de tanta fruta lozana,
¡oh bella tierra cubana,
Edén al suelo traído,
me tenderé con descuido,
en cómoda mecedora,
la luz que el poniente dora
viendo su banda teñir,
viviendo el grato vivir
de ésta Cuba encantadora.

Cuba, mansión pintoresca
de las ondinas del mar
que en ti vienen a buscar
sombra deliciosa y fresca,
isla hermosa y gigantesca
que esmaltan blancos lugares,
sembrada de platanares,
llena de quietos retiros,
donde suelen tus guajiros
tener sus limpios hogares.

¡Cuba! mansión encantada,
oreada de brisas suaves,
hinchida de trinos de aves,
de verdes fincas sembrada;
al despertar la alborada,
bañando la mar vecina,
besa tu frente de ondina,
con sus puros labios rojos
e inunda de luz tus ojos
de hermosura peregrina.

¡Cuba! mansión deliciosa
de sana y robusta gente;
tú llevas sobre tu frente,
la Cruz de Cristo gloriosa,
esa es la grandeza hermosa
de que has de estar más ufana,
sér de Jesús, ser cristiana
y estar a su grey adscrita;
que siga su Ley bendita
siempre, la gente cubana.

Yo entretanto embebecido
en tu beldad portentosa,
vagando en la quinta hermosa
por su recinto florido,
parado bajo de un nido
de montaraces palomas,
o aspirando los aromas
de las espléndidas flores,
celebraré tus primores
desde éstas mágicas lomas.



LEJOS DE LA PATRIA

Estoy de todo abstraído,
desde la altura mirando
entre absorto y embebido
los buques que hay manobrando
con sordo confuso ruido.

Se ve una ciudad y en ella
se nota la algarabía
a la luz nítida y bella
que el alumbrado destella
en torno a la ancha bahía.

Coronando de una loma
los escarpados peñones,
por oscuros boquerones
un viejo castillo asoma
la boca de sus cañones.

Cuando al pueblo todo entero
llama la noche al reposo
aun de uno de ellos mohoso,
retumba el grito guerrero
por el crespó mar undoso.

Yo estoy al *fuerte* cercano,
encima de la montaña,
mirando del mar el llano,
puesta la frente en la mano
y el pensamiento en España.

Guanabacoa, II, 1910.





ANDALUCIA

Por la señal de la cruz
que es la señal del cristiano,
ya ven mis ojos la luz
de este hermoso cielo hispano,
del bello cielo andaluz.

¡Con qué placer sin igual,
contemplo llanos y sierra
aquí en mi patria inmortal,
yo, viajero de las tierras
que abraza el sol tropical:

Nostálgico de mis lares,
por mirar pueblos y hogares,
dejé los campos lozanos
de la reina de los mares
de los mares antillanos.

Y por premiar mis amores,
veo que la patria mía
tiende a mis pies este día,
la rica alfombra de flores
del jardín de Andalucía.

Porque mi bien y consuelo,
tu nombre ¡oh patria! lo encierra,
fué, cuando ausente, mi anhelo,
ver los templos de mi tierra,
al resplandor de tu cielo.

II

Huesped del suelo andaluz,
que es prez de la patria mía,

te venero, puesto en cruz,
Dios que creaste la luz
del cielo de Andalucía.

Luz cuyos regios colores
por el aire difundidos
bañan los huertos floridos
en donde los ruiñeños,
ponen en Abril, sus nidos.

La luz viste de ufanía
tus montes y verdes llanos
e ilumina la alegría
de tus hablares gitanos,
hechicera Andalucía.

Tu verde suelo fragante,
reina de suaves decires,
es del verdor rozagante
que lucía en el turbante
de tus moriscos Emires.

La leyenda arrulladora
alojó tu furia brava
de la Cruz, debeladora,
dentro de rica alcazaba,
tallada a la usanza mora.

Ella sorprendió, de lejos,
tus zambras y tus festejos
y discreteó en tus salones,
que ornan del Corán renglones,
sobre frisos de azulejos.

Cantó tu guzla musulima
tu beldad, de bien tesoro,
tu empinamiento y desdoro,
en la dulce y suave rima
de puro abolengo moro.

Reina; para honrar tu hechizo
que es de la fe maravilla,
partiste a colgar un rizo
en un torreón fronterizo
de los reinos de Castilla.

Y por alcanzar los dones
de aquellas crenchas doradas,

con valientes corazones,
murieron cien campeones
en famosas algaradas.

Sultana; mi laud cristiano,
deja que pulse mi mano,
con blando anhelo amoroso,
en el salón más lujoso
de tu alcázar sevillano.

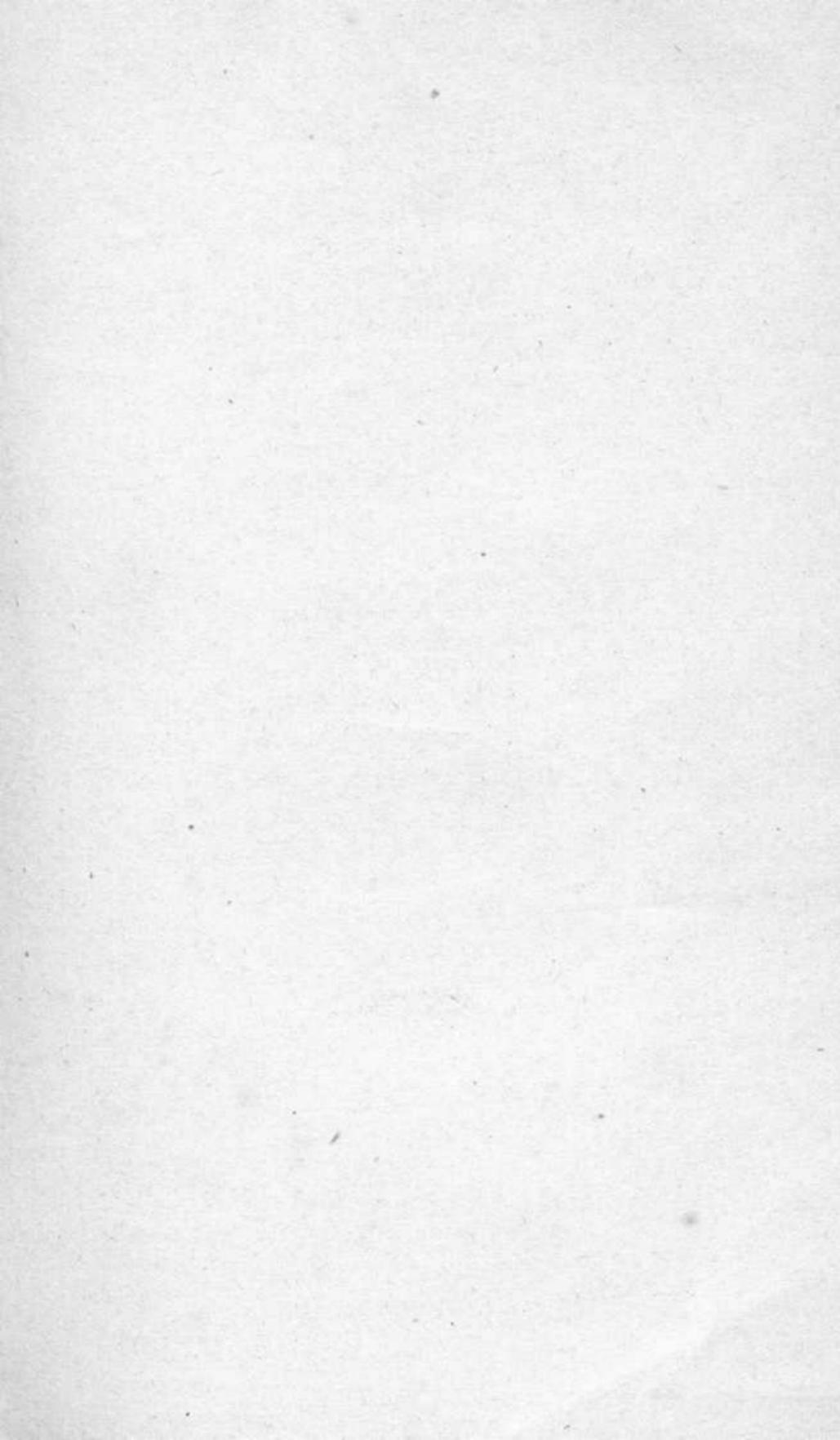
Pues tu grandeza pagana
que creó tu ardor no visto,
hoy, en esta tierra hispana,
es nazarena y cristiana
por la cruz de Jesucristo.

III

Viajero de un sol lejano,
con hondo fervor cristiano
te venero, puesto en cruz,
Dios que hiciste el sol galano
que alumbra el suelo andaluz.

Sevilla-October-26-1912.







INDICE



	<i><u>Página</u></i>
Dedicatoria	5
Al lector.	7

LA PLUMA DEL TROVADOR

La pluma del Trovador	11
---------------------------------	----

FILOSÓFICAS Y MORALES

Sociología moderna.	17
Dos amores.	20
Contra los corruptores del idioma	22
El rey turba	23
Para un escritor con flecos de aristarco	26
Pesimismo.	27

PAQUETES DE NIÑO

Á un niño	33
El batallón infantil	36
La madre	38
Felicitación.	39
Rosa de Lima	40
El general	43

No tengo padre	45
La muerte del niño	47
La cantinera	40

FRANCISCANAS Y MÍSTICAS

Historia de una flor.	53
El Heraldo del gran Rey	55
San Francisco de Asís	58
Las llagas de San Francisco	62
Canto triunfal a la Orden Seráfica	64
Los Misioneros franciscanos en el Extremo Oriente.	71
A los hijos de la Orden Tercera.	73
La imagen de San Antonio	75
La Pía Unión.	77
A los miembros de la Pía Unión	78
Jesús.	81
Junto a la Cruz	83
El Amado	86
María y España	88

CASTILLA

La región-madre.	91
Mi llanura	93
A una fuente	95
Bello pensar	96
El Solar de la raza	99
La lengua Castellana	102
Contra la vanidad de los títulos.	104
El municipio castellano	105
La Catedral de Burgos	107
El guerrillero Morena	113

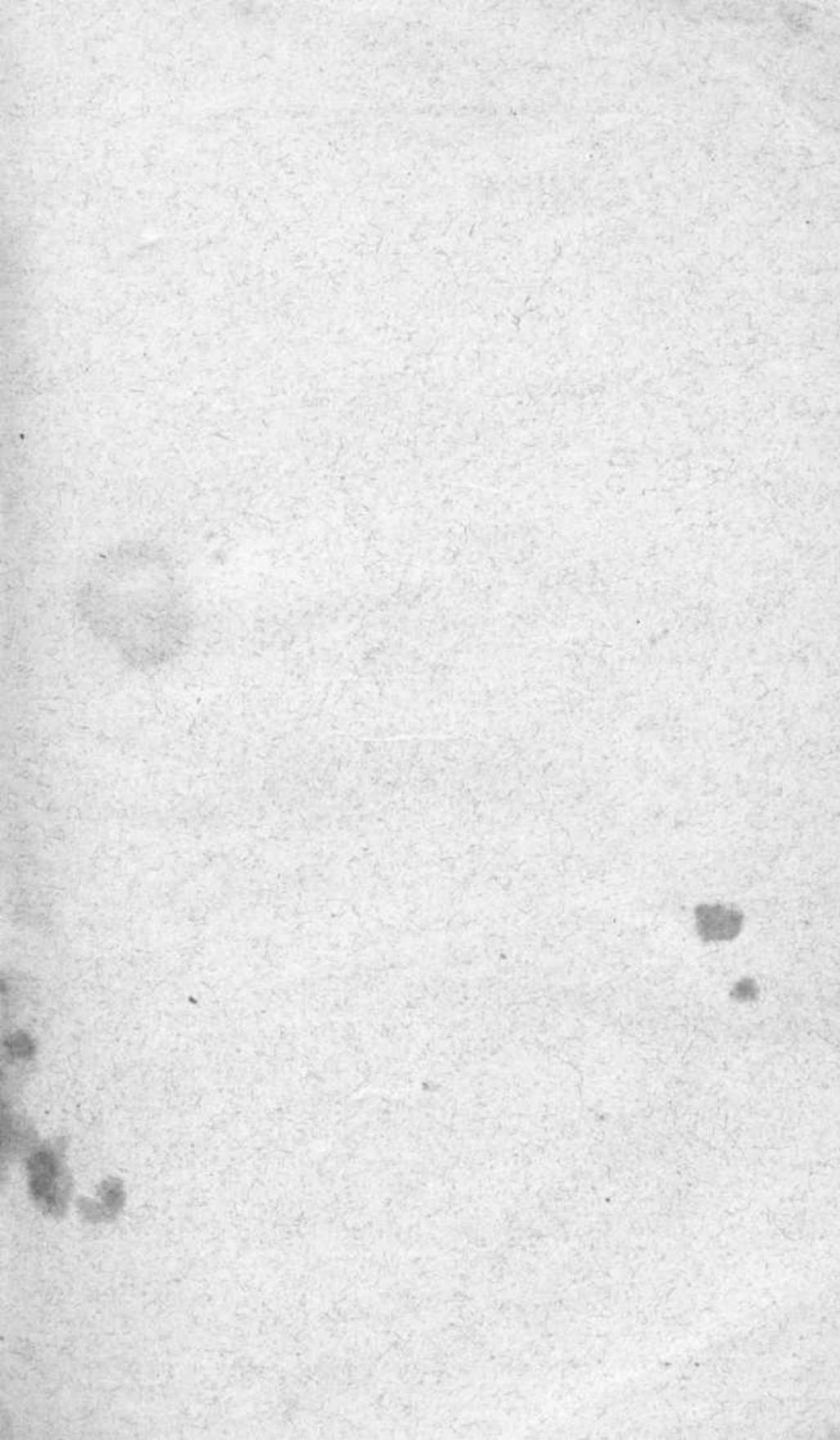
DE OTRO CLIMA

El Nuevo Mundo.	135
Cuba	138
El jardín del trópico	141
Huellas entre flores	143
El Aventurero.	147
La Palmera.	159
Al Sinsonte.	162
La quinta	164
Lejos de la Patria	167
Andalucía	168



DEL MISMO AUTOR

El Santuario de Aránzazu (en prosa).



EX LIBRIS
FR. CELSO GONZALEZ

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978